

LUCHADORES
DEL
ESPACIO

HA MUERTO EL SOL



POR **GEORGE H. WHITE**

se

“La iniquidad ha sido consumada”, anunciaron las estaciones de radio. Y la Humanidad se enfrentó con la más horrible catástrofe ocurrida al mundo desde el Diluvio Universal. Un planeta gigantesco, de origen desconocido, acababa de cruzar la órbita de la Tierra dirigiéndose a tremenda velocidad en derechura al Sol, en donde hizo impacto diez minutos más tarde.

El destino de la Humanidad albergada en la Tierra cambió en aquel instante, porque el Sol ¡había sido asesinado!

George H. White, el creador de la original Humanidad de Titanio, intrusa en nuestro sistema solar, da cima a su narración describiendo los horrores de una transmutación solar y la angustia de todo un mundo forzado a abandonar su patria para emprender el más penoso y aventurado éxodo.



George H. White

Ha muerto el Sol

La saga de los Aznar - 26

ePub r1.0

Titivillus 15.07.15

Título original: *Ha muerto el Sol*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





HA MUERTO EL SOL

George H. White



LUCHADORES
DEL
ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

DESDE el Capiteón Escudador, buizó el telescopio horizontal con los prismáticos.

—Ahí llega la falúa del almirante —anunció. Y volviéndose hacia el interior del departamento de radio ordenó—: Quiten ese servicio de café de encima de la mesa. Y abróchense los botones de la casaca. El Viejo, seguramente subirá aquí.

Los oficiales y soldados de la torre, conocedores por anteriores y desagradables experiencias de las manías disciplinarias del almirante Bandini, se apresuraron a poner cierto orden en su departamento y alguna compostura en su atuendo personal.

No les sobró mucho tiempo. La falúa del almirante, esbelta navecilla aérea de relucientes cromados con tres grandes luceros de cuatro puntas sobre las portezuelas, se deslizó velozmente sobre la Base Sideral y fue a posarse con hábil maniobra sobre la terraza de la torre.

Poco después se escuchó un zumbido del ascensor y la puerta se abrió cediendo paso al almirante Jefe de la Base. El capitán Escuder salió a su encuentro saludándole.

—¿Es cierto eso? —preguntó Bandini a bocajarro—. ¿Se ha confirmado la primera información?

—Hemos establecido nuevo contacto con la patrulla, señor —informó el capitán—. Aterrizarán aquí, en Ganímedes, dentro de quince minutos.

Bandini quedó estático unos instantes. Luego hizo chascar la lengua y exclamó:

—¡Demonio con los Aznar! ¿Quién iba a decir que volveríamos a saber de ellos al cabo de tres meses que les damos por muertos? ¿Seguro que son ellos, oficial?

—¡Señor! —protestó Escuder sonriéndose—. Eso fue lo que dijo el contraalmirante Rápita, y no creo que estuviera bromeando.

—¡No, claro que no! —murmuró Bandini. Y añadió pensativamente—: Nadie se permitirá una broma tan cruel. He expedido un radiograma a la Tierra anunciando a la señora del Almirante Mayor que tanto su marido como su hijo están sanos y salvos. ¿Tiene ahí la lista de los supervivientes?

El oficial tomó de la mesa una hoja de papel que tendió al almirante. Éste enumeró su contenido en voz alta:

—Capitán Miguel Ángel Aznar Schmidt. Capitán Sofía Medina. Cabo Ventura, soldados Harley y Portocarrero; supervivientes del Comando. Supervivientes de la Comisión, don Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor honorario de la Armada Sideral. ¿No hay más?

—No, señor. Eso es todo.

Bandini dejó el papel sobre la mesa.

—Algo terrible debió ocurrir, y no lo sabremos con toda certeza hasta que ellos estén aquí. ¿Cuál es su posición actual?

—Acaban de entrar en el radio de acción de nuestro radar, señor —anunció un oficial señalando a una gran pantalla de radar.

Un altavoz gangueó:

—¡Hola, torre! Aquí Rápita. Patrulla sideral “M-200” solicita permiso para tomar tierra. Cambio.

—Aquí torre. Hola, patrulla “M-200”. Tiene un área despejada en la cuadrícula J-8. Aterricen allí. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido, torre. Cuadrícula J-8 —gangueó el tornavoz.

Y el almirante ordenó:

—Envíen allá un automóvil para que recoja a los supervivientes del comando y los conduzca al Departamento de Información.

Después de lo cual y mientras su orden era repetida por teléfono, el almirante tomó un par de prismáticos y se acercó a uno de los ventanales para seguir desde lejos el aterrizaje de la patrulla “M-200”.

Aunque “sólo” era una patrulla, la “M-200” estaba integrada de un millar de cruceros de combate. Estos grandes buques del espacio eran en todo iguales a los que en número de varios miles cubrían por completo la llanura que formaba la Base Sideral de Ganimedes. Sólo había una diferencia, y era ésta que mientras los buques de la base aparecían limpios y flamantes, los de la patrulla mostraban en sus costados grandes desconchaduras de pintura, estaban cubiertos de polvo y presentaban en sus esbeltos cascos las cicatrices producidas por el impacto de los aerolitos; señales todas ellas de haber realizado una prolongada correría por el espacio interestelar.

El almirante Bandini, Jefe de la IV Flota Sideral Terrícola, presenció cómo la patrulla tomaba tierra y luego abandonó la torre de vuelos para dirigirse hacia el pabellón donde estaban las oficinas del Servicio de Información de la Armada.

Su entrada en la oficina casi coincidió con la llegada del veloz automóvil eléctrico que había salido en busca de los viajeros. Desde la puerta del pabellón, Bandini y el grupo de oficiales del Servicio de Información allí reunidos vieron bajar del coche a dos muchachas y cuatro hombres que vestían todavía las vítreas y sólidas armaduras que constituían el traje obligado de los astronautas de la Armada.

Todos los miembros del pequeño grupo se habían despojado ya de las pesadas escafandras. Las dos muchachas, que eran jóvenes y bien parecidas, llevaban el pelo muy largo y lacio. Los cuatro hombres también lucían una crecida pelambreira, y además de esto sendas y enmarañadas barbas que iban desde el rubio ceniciento de uno de ellos hasta el negro azulado de otro pasando por los colores intermedios de los otros dos.

—El de la barbaza más oscura debe ser el “superalmirante” —dijo uno de los oficiales del Servicio de Información.

Bandini salió al encuentro de este personaje exclamando:

—¡Gran Dios! ¿De dónde salen ustedes con esa facha?

—Hola, Bandini —contestó don Miguel Ángel Aznar estrechando la mano del almirante—. Hemos estado jugando a Robinsones, como usted puede ver.

—¿Pero esas barbas?...

—Estas barbas se las voy a hacer comer al idiota de sus oficiales que se olvidó de incluir una maquinilla de afeitar entre el equipo del comando —aseguró el “superalmirante” sentenciosamente.

Bandini contempló admirado al resto del grupo. Uno de los hombres, el cual lucía una rizada barba rubia, le saludó llevándose los dedos de la mano derecha a la frente.

—¡Hola, almirante!

—¿Cómo está usted, Miguel Ángel? —preguntó Bandini estrechándole la mano—. ¡Vaya sorpresa, amigos! ¿Saben que les dábamos por muertos?

—Estábamos enterrados, pero no muertos —contestó el joven echándose a reír.

—Hola, Medina —saludó Bandini estrechando a continuación la mano de una muchacha esbelta y rubia—. He mandado también un radiograma a su padre de usted anunciándole que estaba viva.

—Gracias, almirante —contestó la joven.

Bandini volvió a mirar lleno de sorpresa al grupo, cual si le costara convencerse que estaban vivos, y murmuró:

—Bueno, bueno. Vamos a entrar ahí dentro. Calculo que tendrá la mar de cosas que contar. ¡Tres meses perdidos! ¿Pero dónde han estado hasta ahora?

—En Oberón, naturalmente —contestó don Miguel Ángel precediendo a Bandini en el interior de la oficina—. Nos pareció más prudente aguardar a que las aguas se calmaran y los sadritas dejaran de buscarnos para filtrarnos entre sus líneas y regresar a Ganímedes.

Todo el grupo entró en la oficina tomando asiento a un lado de una larga mesa. Bandini ocupó la cabecera del mueble y los oficiales del Servicio de Información se sentaron al otro lado con sus libros de notas y sus equipos de grabación magnetofónicos.

—¿Han mandado aviso a mi mujer? —preguntó el “superalmirante” mientras los oficiales se preparaban.

—Expedí un radiograma anunciándole que se encontraban a

salvo. Espero que eso baste para tranquilizarla, —dijo Bandini.

—Se lo agradezco. La pobre debe haber sufrido mucho.

—Y que lo diga. No ha habido día que no recibiéramos un par de radiogramas suyos preguntando si sabíamos algo.

Los oficiales ya estaban preparados. El capitán Gardiner lo anunció así diciendo:

—Puesto que el capitán Aznar fue el jefe del comando, creo que debemos escucharle a él primero. ¿Está dispuesto?

Miguel Ángel Aznar asintió.

Los equipos de grabación echaron a andar. Gardiner preguntó:

—Diga, capitán Aznar. ¿Qué ocurrió a partir del momento que abandonaron el paquebote sideral?

A lo que el joven contestó sin vacilar:

—Salimos lanzados por la escotilla inferior y caímos en el polvo que cubría la superficie de Oberón. El polvo formaba una capa de dos o tres metros, pero debido a la escasa fuerza de gravedad de aquel satélite tenía poca consistencia. Nos hundimos en aquel polvo como en una montaña de paja, y allí nos quedamos esperando a que la Comisión de parlamentarios acabara su entrevista con los hombres de Titanio para...

—¿Al decir “hombres de Titanio” se refiere a las gentes que nosotros conocemos con el nombre oficial de “sadritas”, capitán? —preguntó Gardiner.

—¡Claro!

—Bien, prosiga.

—Teníamos nuestra radio sintonizada con la onda del paquebote. Podíamos escuchar a la vez lo que hablaban los operadores del buque y la conversación que sostenían entre sí los miembros de la Comisión, todos ellos equipados con radio también. Lo que ocurrió a la Comisión sólo pudimos saberlo nosotros por lo que oímos. Mi padre...

—Sí —dijo Gardiner—. Creo que el almirante debe referirnos eso.

—Bien —dijo el señor Aznar—. Esto fue lo que ocurrió. El paquebote sideral lanzó a los comandos, contorneó la montaña en cuyas entrañas están excavados los refugios de la Base y se detuvo ante las esclusas de la entrada. La Comisión, doce senadores y generales equipados con armaduras y escafandras, echó pie a tierra.

Había aguardándonos un trenecillo de plataformas de los que hay en uso en la Base. El conductor del tren era un sadrita equipado con una de esas armaduras metálicas en forma de bidón cilíndrico que parecen ser iguales para todos. La Comisión ocupó las plataformas y el trenecillo se puso en marcha entrando en el refugio. La Base, como habíamos supuesto, estaba llena de un gas extraño. Parecía lógico, y nosotros lo esperábamos así, que los sadritas andaran sin armaduras por dentro de la Base.

—¿Y no era así? —preguntó el capitán Gardiner.

—Pues verá usted —dijo el señor Aznar—. En realidad, los sadritas “sí” andaban por la Base sin armadura. Pero nosotros no supimos comprenderlo entonces. Vimos cierto número de pequeños pulpos pero... ¿de dónde íbamos a imaginar que aquellos repulsivos bichos eran sadritas en “persona”?

Y el almirante mayor honorario de la Armada se quedó mirando de hito en hito a los oficiales, como esperando de éstos una reacción de sorpresa que no llegó a producirse.

El señor Aznar esperó un poco más y, defraudado, prosiguió:

—Bueno; nosotros creíamos todavía que dentro de aquellas armaduras había hombres y no nos fijamos en los pulpos. Nos parecieron simples “animalitos”. Una docena de sadritas con armadura nos cogieron y nos llevaron hasta una habitación donde esperaba otra comisión de cuatro o cinco tipos de aquellos. Empezamos a dialogar con ellos por escrito; esto es, utilizando una máquina de escribir Thorbod. Cruzamos algunas frases de cortesía y luego les pregunté por la suerte que habían corrido los náufragos de la batalla sideral de Urano que, creíamos, tenían prisioneros. El sadrita que parecía llevar la voz cantante, se puso ante la máquina Thorbod y escribió: “Nuestros sabios los utilizaron como material de estudio”, o algo parecido.

—¿Quiere decir que mataron a nuestros hombres? —preguntó Bandini.

Y el señor Aznar contestó:

—Sí. Eso, al menos, nos dieron a entender descaradamente. Y no creo que fanfarronearan. Se respiraba allí una atmósfera amenazadora que nos tenía a todos con los nervios de punta. Y decidimos despedirnos dando por terminada la entrevista. Así que me puse ante la máquina de escribir y redacté una breve súplica

para que nos condujeran hasta nuestro buque. Naturalmente, no tenía la menor esperanza de ser atendido. Mis temores se vieron confirmados con la entrada de un grupo de sadritas que se abalanzaron sobre nosotros. Hubo una breve lucha. Tres de los nuestros murieron allí mismo, víctimas de las pistolas de “luz sólida” de los sadritas. A los demás nos redujeron a la impotencia, nos sacaron del cuarto y nos llevaron para encerrarnos por separado; uno en cada celda. Mientras nos llevaban prisioneros no dejé de utilizar la radio, tanto para aconsejarle al comandante del buque que escapara en seguida como para despedirme de mi hijo, al que suponía estaba escuchándome. Pero no pude hablar mucho rato. La comunicación quedó interrumpida.

—Fue —dijo Miguel Ángel— que el paquebote sideral acababa de ser destruido por los proyectores de luz sólida que el enemigo tenía emplazados en la ladera de la montaña.

—Prosiga usted —indicó Gardiner volviendo el micrófono hacia el joven.

Y Miguel Ángel Aznar hijo prosiguió:

—El comando tenía orden de no empezar a actuar hasta que el paquebote hubiera abandonado Oberón con nuestros parlamentarios. Puesto que el buque estaba destruido y prisionera la Comisión, decidí comenzar las operaciones en seguida. Salimos del polvo donde estábamos enterrados y nos encaminamos en busca de una de las salidas de emergencia de la Base. Llevaba un plano conmigo y no tardamos en encontrar la puerta. La forzamos con nuestras pistolas de “luz sólida” y nos introducimos por un túnel. Todavía tuvimos que forzar otras puertas antes de salir a un corredor de la Base. Todos los túneles y corredores del subterráneo estaban llenos de un gas extraño.

—¿Cómo se dieron cuenta de la presencia de aquel gas, siendo así que iban ustedes encerrados en herméticas armaduras y escafandras?

—El gas era perfectamente visible. Formaba una espesa capa de unos cuarenta centímetros por el piso de todos los corredores. Era de color azul, pegajoso y muy pesado. Una bendición para nosotros.

—¿Cómo?

—Una bendición —repitió Miguel Ángel. Y añadió—: Me explicaré. Como ustedes saben nosotros íbamos equipados con

armaduras que eran en todo una copia fiel de las armaduras que utilizan los hombres de Titanio... excepto en un detalle. Nuestros pies no eran iguales. El empeine humano no permitió a nuestros ingenieros fabricar unas armaduras que tuvieran los pies iguales que los de los sadritas. Éste era un inconveniente muy grave, que nos hubiera obligado a evitar las zonas bien iluminadas y buscar los corredores más apartados de la Base entreteniéndonos quizá varios días antes de cumplir nuestra misión. Pero con la presencia de aquel gas espeso que se enredaba a nuestros pies todo cambió. Podíamos ir de un lado a otro e incluso mezclarnos con los sadritas sin que éstos nos reconocieran bajo nuestros disfraces. Nuestros pies no se veían ¿comprende?

—Comprendido —contestó Gardiner—. Prosiga usted.

—Yo había escuchado la conversación entre los parlamentarios y el paquebote, y también la despedida que mi padre me hizo por radio. Estaba impaciente por concluir nuestra misión para intentar rescatar a los miembros de la Comisión. Y decidí actuar. Tomamos un ascensor que nos dejó en el piso inmediato superior. Allí vimos por primera vez una manada de esos asquerosos pulpos. También a nosotros nos chocó que los “hombres” que andaban por la Base fueran metidos en armaduras. La profesora Castillo, que venía con nosotros, insistió en que el “hombre de Titanio” que iba dentro de aquellas armaduras era ni más ni menos que los asquerosos pulpos que estábamos viendo. Aquello era muy fantástico, pero relativamente fácil de comprobar. Bastaba coger un sadrita de los de armadura, y abrir su escafandra para ver lo que había dentro... y eso fue lo que hicimos. La víctima fue el solitario conductor de un trenecillo eléctrico que pasaba por el túnel. Le detuvimos por señas, le disparamos a la cabeza con nuestras pistolas de “luz sólida” y lo arrastramos hacia un lavabo contiguo. El profesor Ferrer le quitó la tapa posterior de la cabeza. ¿Y saben lo que había dentro?

—Sí —contestó el almirante Bandini—. Un pulpo.

—¡Caramba! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Cómo lo adivinó?

—Lo averiguamos hace cosa de un mes... por pura casualidad. Una de nuestras patrullas siderales se tropezó con una patrulla sadrita en los alrededores de Neptuno. Con la desaparición de los parlamentarios que fueron a Oberón nos considerábamos en virtual estado de guerra con los sadritas. Nuestros patrulleros tenían orden

de acometer si se encontraban con el enemigo en el espacio... y acometieron. El resultado fue el aniquilamiento total de la patrulla enemiga. Los nuestros también sufrieron elevadas pérdidas, pero se apuntaron la victoria y recogieron un par de náufragos sadritas. Se trataba de dos individuos metidos en armaduras cilíndricas. En el interior de la cabeza de los “robots” se descubrieron sendos pulpos.

—¡Hombre, qué gracia! —farfulló el joven—. ¿No podrían haber hecho eso nuestros patrulleros tres meses atrás?

—Hace tres meses ignorábamos lo que iba a ocurrir. Por aquel entonces conservábamos alguna esperanza de llegar a una convivencia pacífica con los sadritas.

—¡Menuda “convivencia pacífica”! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Saben ustedes lo que hicieron los sadritas con los miembros de la Comisión que fue a parlamentar?

—Lo sabremos a su debido tiempo si usted no se salta ningún episodio de la aventura y continúa el relato ordenadamente —dijo Gardiner. Y preguntó—: ¿Qué ocurrió después que descubrieron el pulpo dentro de la cabeza del robot?

—Dimos por hecho que allí no había más “hombres” que los pulpos y decidimos apresar vivos a un par de éstos. Fuimos hasta uno de los montacargas que estaban dedicados a trasladar pulpos a los pisos bajos. Había un “hombre” encargado de accionar los botones del ascensor. Lo liquidamos y escondimos su cuerpo suplantándole junto a los botones. Llegó otro tren cargado de pulpos. Cuando el montacargas subió y los pulpos se lanzaron dentro, nosotros saltamos también a la plataforma y cerramos las puertas. Mientras el ascensor bajaba cogimos dos pulpos, los envolvimos en sacos y aplastamos todos los demás. Luego precipitamos el montacargas al fondo y salimos a toda prisa en busca del pasadizo por donde habíamos penetrado en la Base. Fue entonces cuando oí por la radio la voz de mi padre que me estaba llamando.

—En efecto —dijo aquí el propio “superalmirante”—. Acababa yo de recuperar mi escafandra y el aparato de radio con ésta, y oía lo que los comandos estaban hablando.

—Decidí correr en su ayuda —agregó Miguel Ángel— aunque él se oponía. Pero el senador Barnes, que estaba con mi padre, me facilitó por radio algunos datos de los lugares por donde pasaban, lo

cual me sirvió para identificar en el plano el punto donde se encontraban.

—¡Pobre senador! —exclamó el señor Aznar—. La muerte le alcanzó de todos modos.

Y Miguel Ángel prosiguió narrando:

—Todo el comando se ofreció a participar en el rescate de papá y del senador Barnes. Designé al sargento Ávila y a los soldados Selenio y Gray para que acompañaran a la profesora Castillo y al profesor Ferrer, y salí con el resto en busca de mi padre. Lo encontramos en una habitación, donde los sadritas lo estaban interrogando sirviéndose de una máquina de escribir Thorbod. Fue cuestión de un segundo despachar a los sadritas y salir de aquel matadero...

—¡Un momento! —cortó Gardiner alzando una mano. Y mirando al almirante mayor, preguntó—: ¿Es cierto que les interrogaron, señor? Eso puede ser interesante. ¿Qué les preguntaron?

—Querían saber si teníamos proyectores de luz sólida como los suyos y el número en que los estábamos fabricando —contestó el señor Aznar.

—¿Contestaron ustedes esa pregunta?

—No hubo ocasión. El comando llegó antes que tuviéramos tiempo de repetir lo que otros ya habían confesado ante nosotros.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? —preguntó el oficial.

Y el Almirante Mayor contestó lúgubrementemente:

—La mesa estaba llena de papeles mecanografiados con todos los datos que el enemigo pudiera desear. Los que nos precedieron en el interrogatorio habían cantado de plano. Y esto, por una razón muy sencilla. Los sadritas les torturaron. Les quitaron las escafandras y las armaduras, les equiparon con pulmones de oxígeno y les martirizaron hasta acabar con ellos. Aquella habitación era un matadero. Había salpicaduras de sangre en las paredes, un montón de cadáveres descuartizados en un rincón... ¡oh, no quiero recordarlo!

Los oficiales se miraron unos a otros llenos de zozobra. Siguió un breve silencio, hasta que Bandini murmuró:

—Bien, prosiga usted, capitán Aznar. Mataron a los sadritas que había en la habitación y salieron. ¿Qué ocurrió luego?

—En el corredor nos tropezamos con un pequeño grupo de sadritas metidos en armaduras. Los sadritas supieron en seguida que éramos terrícolas disfrazados y abrieron fuego contra nosotros. Allí cayeron el senador Barnes y el soldado Deval. Por nuestra parte pusimos fuera de combate a tres de los sadritas. El cuarto huyó para dar la alarma en toda la Base. No era cosa de estarse quietos esperando que vinieran por nosotros. El plano del refugio nos deparó una salida de emergencia que estaba no lejos de allí, al fondo del almacén de armaduras de cristal de las que nuestras fuerzas dejaron allí al evacuar la Base. Cambiamos las armaduras de “dedona” por otras de astronauta, nos equipamos de “backs”, y salimos al exterior^[1]. Poco después cuando volábamos a ras del suelo, descubrimos los restos de un aerobote terrícola. Era una embarcación que el sargento Ávila y los profesores Ferrer y Castillo utilizaron para escapar. Encontramos sus restos dentro. Los sadritas les habían derribado apenas salieron del túnel por donde habíamos entrado a la Base. No nos entretuvimos más del tiempo indispensable para cerciorarnos que el aerobote era el de nuestros amigos. Luego nos alejamos rápidamente de allí, yendo a ocultarnos en una hendidura del suelo muy lejos de la Base. Llevábamos provisiones, oxígeno y agua para varios meses. También teníamos, debidamente reducidos de tamaño, un aerobote y un gran tanque metálico que podía servirnos de refugio. Decidimos esperar hasta que los sadritas dejaran de buscarnos. Metamorfoseamos el tanque bajo una espesa capa de polvo, nos metimos en él con el resto del equipo... y allí hemos estado, hasta que hace un par de semanas decidimos regresar con el aerobote. El hecho que estemos aquí demuestra bien a las claras, que pudimos burlar las patrullas siderales del enemigo.

El capitán Aznar se interrumpió mirando a los oficiales del Servicio de Información y agregó:

—Bien; eso es todo, a menos que ustedes quieran preguntar alguna cosa más.

—Basta por ahora con este informe —dijo Gardiner—. Lo que ustedes necesitan es un buen baño, y echar un sueño de veinticuatro horas seguidas.

—Eso es lo que pensamos hacer... a bordo del buque que nos tenga que llevar de regreso a la Tierra —dijo el almirante mayor

sonriendo.

—Nos hacemos cargo —dijo el capitán Gardiner empezando a recoger los papeles de la mesa—. En lo que al Servicio de Inteligencia respecta quedan ustedes en libertad de emprender el viaje de regreso a la Tierra en el momento que deseen.

—Todavía pueden coger el crucero correo de la Armada si se apresuran —dijo el almirante Bandini.

Los comandos se pusieron en pie desfilando hacia la puerta. Gardiner llamó a Miguel Ángel:

—Una última pregunta capitán Aznar. ¿Aquél par de pulpos que ustedes cogieron... morirían, naturalmente?

—No encontramos rastros de ellos en el aerobote destruido —contestó Miguel Ángel—. Lógicamente, debieron ser los primeros en fallecer.

Se interrumpió. Y luego añadió pensativamente:

—He de reconocer que, desde el punto de vista militar, la acción resultó un fracaso. No pudimos traer los prisioneros que fuimos a buscar. En otros aspectos, sin embargo, algo hemos aprendido en el curso de esta misión. Una de estas cosas es que los sadritas no sienten el menor respeto ni aprecio hacia nosotros. Son ladinos, crueles e inhumanos. Nunca abrigaron la intención de cultivar nuestra amistad ni establecer con nuestra raza una inteligencia pacífica. Sus promesas y buenos deseos no fueron más que una pantalla, un pretexto para ganar tiempo. Ciertamente, no sabemos para qué necesitaban ese tiempo. Pero si ha sido para poder preparar la transmutación de nuestro sol en un sol de helio o de cualquier otra naturaleza distinta, aunque esa transmutación signifique el aniquilamiento total de la vida sobre nuestros planetas... recuerde el día que se lo digo, Gardiner; ¡lo harán sin importarles un ardite la suerte que podamos correr nosotros!

—Sí —murmuró Gardiner moviendo la cabeza—. Esa es también la opinión más generalizada entre nosotros. Porque ¿sabe usted? aquellos dos “hombres” de Titanio que recogieron nuestros patrulleros estaban vivos. Nuestros científicos los examinaron ¡y ahora estamos seguros de la incompatibilidad de su naturaleza con la nuestra! Por fuerza habrán de probar a transmutar nuestro sol, si es que desean poder habitar en estos planetas.

—¿De veras? —murmuró Miguel Ángel entornando los

párpados. Y tras una breve pausa añadió—: Bueno; ignoro de qué medios se valdrán esos diablos de pulpos para efectuar la transmutación del sol, ni sé si esta transmutación está al alcance de las posibilidades humanas. Pero una cosa le diré, y es que si está en su mano hacerlo... ¡Ya podemos ir preparándonos!

Y echó a andar sacudiendo la cabeza cual si hablara solo.

Gardiner le siguió con la vista desde la puerta de la oficina mientras se reunía con la capitana Sofía Medina, la cual se había rezagado del grupo para esperarle. Los dos jóvenes se cogieron de la mano y dieron una carrerilla para alcanzar al Almirante Mayor.

El capitán Gardiner volvióse hacia un oficial que estaba a su lado.

—¿Son novios el capitán Aznar y la capitana Medina? — preguntó.

A lo que el interpelado contestó sonriendo:

—¿Quién sabe? Quizá sea ésta otra de las “experiencias” adquiridas por Aznar durante la aventura de Oberón.

CAPÍTULO II

Dadas, Sofía, Medina y Miguel Ángel, dejaban las manos enlazadas sobre el parapeto de la grata, con las manos ensoñadora mirada sobre la magnífica perspectiva de la bahía y la ciudad de San Francisco que se dominaba desde la colina. Hasta ellos llegaba indistintamente el murmullo del avispero de la gran ciudad y las risas y las voces de la familia reunida bajo la parra de lustrosos pámpanos.

Eran las últimas horas de una limpia, cálida y tranquila tarde de mediados de abril. En el jardín de los Aznar, una flora multicolor de rosas, claveles y orquídeas, cabeceaba mecida por la tibia brisa esparciendo en la atmósfera su enervante perfume.

El sol, llameante globo amarillo, descendía hacia el horizonte sobre un mar sembrado de lentejuelas.

No era más que una tarde de primavera igual a otras muchas de las que solían disfrutar los privilegiados habitantes de la costa californiana. Pero ésta la sentía Miguel Ángel Aznar con nueva intensidad, más bella y romántica que todas las vividas hasta entonces, porque la contemplaba a través de sus ojos de enamorado.

—¿Te gusta mi casa? —preguntó Miguel Ángel oprimiendo en la suya la mano tibia y sedeña de Sofía.

—¡Oh, mucho! —exclamó el joven con sincera admiración.

—Si nos casáramos ahora podríamos disfrutar completamente a solas de la casa durante nuestra luna de miel. Mis padres se eclipsarían discretamente yéndose a España con mis hermanos y no regresarían hasta dentro de un par de meses. ¡Eh! ¿Qué me dices? ¿No te seduce la idea?

Y el joven la miró con amorosa intensidad, brillantes las grises pupilas. Sofía se ruborizó y correspondiendo a la presión de la mano masculina contestó:

—¡Claro que me gustaría! Pero no puede ser.

—¿Por qué no? ¿Quién se opone?

—Las circunstancias. Es un disparate hablar de boda, de luna de miel y de felicidad en vísperas de comenzar una guerra que amenaza sumir al mundo en la desdicha.

—¡Bueno, bueno! No hay que tomar la cosa por lo trágico. La guerra no va a comenzar mañana. Tenemos un par de meses para dedicarnos a nosotros mismos, y el indiscutible derecho de gozar nuestra propia dicha. La guerra vendrá, eso es seguro. Pero cualquier cosa que ocurra luego, nadie podrá arrebatarnos estos días de intensa felicidad.

—No creo en la felicidad a plazo fijo. Sería horrible tener que estar contando los días, las horas y los minutos que nos quedaban de estar juntos... pensar que todo iba a terminar de un momento a otro... que tendríamos que separarnos, quizá para no volvernos a ver nunca más.

—Las mujeres casadas y en estado de tener un hijo quedan automáticamente exentas de prestar servicio en las Fuerzas Armadas —dijo Miguel Ángel—. Las probabilidades de que ocurriera una desgracia se reducirían a la mitad si solamente uno de nosotros tuviera que participar en los combates. Y la sucesión de nuestro apellido quedaría asegurada en mi hijo aún en el caso que a mí me ocurriera lo peor.

La joven se volvió para clavar en Miguel Ángel una mirada de profundo asombro.

—¿Eso ha salido de ti? —preguntó.

—Bueno —farfulló el joven—. De mi padre y de mí; de los dos. Él está de acuerdo en que debemos celebrar la boda inmediatamente.

—Para asegurar la sucesión del apellido Aznar, claro.

—Y para librarte a ti del servicio de la Armada... y porque deseo hacerte mi esposa.

Sofía Medina se desasíó bruscamente de la mano que oprimía la suya.

—Lo siento —dijo—. Quizá no sepa apreciar en su justo valor el honor de que queréis hacerme objeto pero...

—¡Sofía! —exclamó Miguel Ángel—. Te advierto que estás equivocada si crees que es esa la única razón por la que deseo casarme contigo. Además; no veo por qué has de considerarte

ofendida. Es bastante natural, me parece a mí, que un hombre aspire a perpetuar su nombre en un hijo. Máxime cuando, como en mi caso, soy el último descendiente directo de los Aznar. Si a mí me ocurriera algo...

—Si a ti te ocurriera algo, yo no quisiera ser la viuda de un hombre al que sólo tuve unos días por marido —cortó secamente Sofía.

—¿Temes que eso pudiera perjudicarte en el futuro?

—Tratándose de la viuda de un Aznar me perjudicaría, tenlo por seguro.

—¡Oh! —exclamó el joven amargamente—. No sabía que tuvieras planes para el caso que yo cayera en la contienda.

A lo que contestó enojada:

—No me he preocupado de hacer planes. Es, sencillamente, que no me acomodan los vuestros. No me seduce en absoluto la perspectiva de quedarme en casa mientras tú sales a batirte al espacio, esperar días y días en la incertidumbre, temer recibir a cada instante el despacho en que se me anuncia tu desaparición, ser madre de un hijo huérfano, viuda de un héroe cuyo cuerpo vaga por el espacio interestelar... ¡No, no me seduce nada! Si algo ha de ocurrirte prefiero seguir siendo soltera y libre, tener opción a rehacer mi vida, a olvidarte quizá en el ejercicio de una carrera que me gusta y me ofrece un brillante porvenir.

—¿Temes que tu viudez fuera un obstáculo para volverte a casar?

Ella le miró entre defraudada y dolorida.

—Temo que después de haber disfrutado contigo una efímera felicidad, viviría para siempre encadenada a tu recuerdo. Y ese recuerdo sería aún más intenso si me dejaras un hijo tuyo. Eso es lo que he querido decir, y lamento que no hayas sabido comprenderlo.

El joven enrojeció ligeramente.

—Perdóname, Sofía —murmuró—. No he querido ofenderte. ¡Tenía yo tanta ilusión que...!

La alegre voz de Gerardo Otero, el futbolista cuñado de Miguel Ángel, acudió oportunamente en ayuda del apurado joven:

—¡En, pareja de tórtolos! ¿Por qué no vienen hacia acá y animan un poco esta tertulia de vejstorios?

Miguel Ángel sonrió un poco forzadamente en dirección al grupo

que charlaba bajo el emparrado.

—Olvida lo que he dicho, Sofía —murmuró asiéndola de un brazo y separándola del parapeto—. Seguiremos como hasta ahora en tanto no se decida la guerra que está para empezar. Luego... ¡Dios dirá!

Los novios se alejaron del parapeto regresando junto al grupo. Éste estaba formado por el señor y la señora Aznar; doña Mercedes, madre del Almirante Mayor; Estrella Aznar, hermana de don Miguel Ángel y José Luis Balmer, su marido; Otis Aznar, hermana de Miguel Ángel y el marido de ésta con el hijito de ambos.

La reunión tenía por objeto celebrar el feliz regreso del Almirante Mayor y de Miguel Ángel, a los cuales se había llorado ya por muertos en la familia. Pero con todo y ser tan feliz el motivo de la reunión, ésta transcurría en una atmósfera de zozobra y tristeza. Sólo Gerardo Otero parecía ajeno a la preocupación general. A él no había “hombres de Titanio” y posibles transmutaciones solares que le afectaran. Sus músculos de atleta y las peripecias del Campeonato de Liga eran su única preocupación.

Don Miguel Ángel Aznar lo detestaba cordialmente.

—¡Muy bien, cuñado! —exclamó Gerardo pegando una fuerte palmada en la rodilla de Miguel Ángel—. Dime cuándo vas a entrar en la Liga de Pobres Maridos. ¿Estás ya decidido?

Y soltó una alegre y estrepitosa carcajada, como si acabara de hacer la frase más original y graciosa del mundo.

El Almirante Mayor miró a su hijo interrogativamente, casi con ansiedad. Miguel Ángel contestó:

—Hemos decidido aplazar nuestra boda hasta que se resuelva la guerra en un sentido u otro.

—¡La guerra, la guerra! —exclamó Gerardo—. ¿Es que no saben hablar de otra cosa? Parece mentira que unos asquerosos e insignificantes pulpos sean capaces de hacer temblar a las Fuerzas Armadas más poderosas del orbe.

—En esos “insignificantes” pulpos se alberga la mentalidad más ágil y perversa de la Creación —contestó el señor Aznar—. Sólo un estúpido o un loco se reiría de ellos colocándoles en la misma escala zoológica que los calamares que pescamos para asarlos a la plancha.

Otis Aznar enrojeció, sintiéndose ofendida a cuenta de la ofensa infligida a su marido. Pero el atleta era demasiado simple e ingenuo

para caer en el sentido de la palabra de su suegro, y soltando una risotada contestó:

—¡Qué guerra tan succulenta si los sadritas supieran a mariscos! ¡Ñam, ñam, ñam... a bocados no dejábamos ni uno! ¡Jo jo jo! ¡Jo jo jo!

Y todos los demás se echaron a reír. No precisamente por la gracia de la frase, sino por la simpleza de aquel Apolo futbolista con mentalidad de niño.

Miguel Ángel era uno de los que reían con más gana, echando la cabeza atrás. Sus ojos, a través de la parra, se clavaron en el cielo. Y algo extraño que vieron en éste borró instantáneamente la sonrisa de su rostro, sustituyéndola por una mueca de asombro.

—¡Recáspita! —exclamó pegando un brinco que le llevó fuera del empujado.

Y quedó mirando a lo alto, a un gigantesco cuerpo celeste que brillaba con luz blanca e intensa, cubriendo casi todo el espacio de horizonte a horizonte, avanzando de este a oeste a una velocidad aterradora.

Don Miguel Ángel Aznar y su cuñado, José Luis Balmer, abandonaron precipitadamente las sillas de jardín corriendo junto a Miguel Ángel para mirar también al cielo. Sus rostros se cubrieron instantáneamente de mortal palidez porque, familiarizados con la Astronomía, sabían que el extraño cuerpo celeste no era un autoplaneta ni cualquier otra máquina construida o dirigida por el hombre.

—¡Un planeta! —gritó don José Luis Balmer—. ¡Que el Cielo nos proteja!

Y simultáneamente con esta invocación divina, un ronco clamor de multitudes espantadas subió hasta la colina procedente de la ciudad.

Las cosas estaban ocurriendo con demasiada rapidez para las inteligencias humanas embotadas por el pánico. El planeta, que debía tener proporciones inmensas, no estuvo más de una fracción de segundo sobre San Francisco. Seguido de una ráfaga luminosa cuyos orígenes se perdían en las profundidades del espacio, pasó raudamente y se alejó como una centella empequeñeciéndose con fantástica rapidez.

Volaba como un rayo de luz en dirección al sol.

Siguiendo el fulminante paso del planeta con los ojos, los hombres que unos segundos antes reían las gracias de un futbolista ingenuo sintieron la garra del miedo estrujándoles el corazón.

Todavía ignoraban lo que aquello podía significar. Pero eran hombres cultos y sabían que el paso de un planeta de las dimensiones de aquél por las proximidades de la Tierra sólo podía acarrear consecuencias funestas.

Este pensamiento apenas acababa de germinar en el cerebro de Miguel Ángel Aznar cuando se dejó oír un gran ruido subterráneo y la tierra comenzó a temblar.

—¡Un terremoto! —gritaron a la vez la madre y la abuela de Miguel Ángel.

Y una nueva sacudida, más violenta que la primera y acompañada de mayor fragor, les lanzó rodando por el suelo.

De la ciudad subió un tremendo alarido de terror. La poética escena de medio minuto atrás había cambiado por completo. La tierra seguía temblando y abriéndose en enormes grietas. Los pilares del emparrado se derrumbaron sobre la mesa, las sillas y las mujeres. La casa del “superalmirante”, removida hasta sus cimientos, empezó a ladearse peligrosamente hacia la cornisa que formaba la colina. Nubes de polvo se levantaban aquí y allá. Los cristales de las ventanas saltaban en añicos, los techos se derrumbaban, el hangar donde se guardaba la lujosa falúa del Almirante Mayor se deslizaba ladera abajo sobre un corrimiento de tierras...

—¡Otis... mi hijo! —gritó Gerardo.

Y saltando con agilidad de fiera hacia la pérgola empezó a quitar bloques de ladrillos, maderas y ramas con la fuerza de diez hombres.

Todos los demás corrieron hacia allí. El Almirante Mayor asió por el brazo a su hijo:

—¡Deja eso... ve al hangar y saca la falúa! ¡Corre!

Miguel Ángel no se hizo repetir la orden. Echó a correr por un caminito enarenado, teniendo que saltar dos veces sobre otras tantas profundas grietas abiertas en el suelo. En aquellos instantes empezó a soplar un fortísimo viento...

El hangar, erigido sobre un piso de cemento, se deslizaba lentamente como un patín sobre las tierras que se corrían. El viento

arreció en fuerza convirtiéndose en huracán cuando el joven alcanzaba el garaje.

Miguel Ángel tiró de las puertas corredizas. El viento entró aullando en el hangar y arrancó el techo de cuajo lanzándolo a gran altura. El joven entró en el recinto sin techumbre, alcanzó la lujosa falúa del “superalmirante” y subió a bordo.

Cuando ponía en marcha la pila atómica de la falúa, el viento y el terremoto se conjugaron para echar abajo las paredes del hangar y el joven se vio de pronto en medio de un jardín que difícilmente podía reconocer como el suyo. El viento arrastraba consigo intermitentes nubes de polvo, árboles y arbustos arrancados de cuajo, puertas, muebles y techumbres enteras.

Era difícil, por no decir que imposible, conducir la falúa por el aire en aquellas condiciones, Pero acuciado por la necesidad y el temor de lo que pudiera ocurrirle a su familia, el joven buscó solución guiando el aparato a ras de tierra.

Así, dando tirones y arrastrándose metro a metro por el suelo la esbelta falúa avanzó penosamente hacia el punto donde estaba la casa.

La casa había desaparecido por completo, derruida por el terremoto y dispersos sus restos por el huracán, no quedaban más que los pisos, inclinados hacia el acantilado que acababa de ceder bajo un corrimiento de tierra.

Mirando con angustia a su alrededor, Miguel Ángel vio algunos de sus familiares que se arrastraban por el suelo hacia la falúa. El joven “ancló” el aparato quitándole casi toda la fuerza electromagnética que le hacía flotar. El casco del aerobote estaba hecho de “dedona”, material que era 50.000 veces más pesado que el agua, y no había temor de que el viento la arrastrara consigo.

El primero en alcanzar la falúa, gateando por el suelo, fue Gerardo Otero con su bebé en brazos. Miguel Ángel cogió al niño y lo dejó sobre un asiento. El atleta no subió a bordo, sino que retrocedió a gatas para ir a buscar a los demás.

Sofía Medina llegó con doña Mercedes, y detrás aparecieron don José Luis Balmer y la señora de Aznar. Todos subieron al aerobote, el cual temblaba y saltaba a impulsos de los violentísimos temblores subterráneos.

Todo el parapeto de la terraza se había derrumbado y desde la

cabina del aparato, a través de los sólidos cristales de cuarzo Miguel Ángel podía ver parte de la ciudad y toda la bahía de San Francisco hasta el horizonte.

El sol seguía brillando, inmóvil sobre la línea del horizonte marino.

De pronto, algo extraño le ocurrió al sol. Su globo amarillo empezó a hincharse, tomando una coloración verde pálida. Grandes lenguas de llamas coronaron su brillante disco. Y siguió aumentando de tamaño, haciéndose más luminoso, irradiando un calor tórrido.

Antes que su brillo fuera tan enceguedor que impidiera a Miguel Ángel mirarlo de frente, el joven vio con espanto una gigantesca y espumajante ola, alta como una montaña, que venía rodando sobre el mar cubriendo todo el horizonte de extremo a extremo.

La certeza de que la ola iba a arrasarse la ciudad, así como que el planeta causante de la catástrofe había ido a estrellarse contra el sol, entraron simultáneamente en el cerebro de Miguel Ángel dejándole paralizado de terror.

¿Era aquello la tan temida transmutación solar provocada por la humanidad de Titanio?

Miguel Ángel apartó sus ojos deslumbrados de aquel sol monstruoso, diez veces más grande de lo normal. La cabina estaba llena de gente. El Almirante Mayor y el señor Balmer pasaban lista mentalmente.

—¡Cierra la puerta, Miguel Ángel! Creo que estamos todos —gritó José Luis Balmer.

El joven apretó el botón que cerraba automáticamente la portezuela y abrió el regulador de corriente. La navecilla se elevó. El vendaval se apoderó de ella, la zarandeó brutalmente y la arrastró consigo a gran velocidad.

—Elévate, Miguel Ángel —aconsejó el almirante—. Quizá las altas capas de la estratosfera estén más tranquilas.

Miguel Ángel empezó a elevarse pero al mismo tiempo echó a tope al acelerador y puso la esbelta proa del aparato de cara al viento.

Se experimentaba a bordo de la navecilla una sensación física de gran calor.

—¡Ese sol... ese sol! —gritó el señor Balmer—. Polariza los cristales o nos va a asar vivos.

Miguel Ángel movió el botón polarizador y la cubierta transparente de la cabina empezó a oscurecer, tamizando el brillante resplandor del sol como los cristales de unas gafas ahumadas. Horrorizados, los tripulantes de la aeronave contemplaron el gigantesco globo que ocupaba casi todo el horizonte.

—¡Estallará! ¡Va a estallar! ¡Es el fin del mundo! —exclamó la señora Aznar cubriéndose el rostro con las manos.

Y empezó a rezar en voz alta, castañeantes los dientes de terror.

—¡Miren eso! —gritó Sofía Medina apuntando con el dedo.

Era la ola que, semejante a una altísima muralla, venía rodando impetuosamente sobre el mar.

La tripulación del aerobote olvidó por unos instantes al sol para seguir con ojos fascinados la carrera de aquel formidable rodillo líquido. La ola avanzó impetuosamente, cubrió sin detenerse la línea de la costa y se lanzó sobre la ciudad...

Casas, bosques, torres, puentes... rodaron en vanguardia del rodillo destructor saltando en el aire, volviendo a caer... volviendo a saltar...

Ni siquiera las pintorescas colinas se salvaron de la inundación. La ola pasó sobre ellas y siguió avanzando tierra adentro, arrancándolo, destruyéndolo y arrastrándolo todo a su paso.

Detrás de la ola venía el mar. No se trataba de una simple arruga de la superficie del océano, producida por el viento. Era más que aquello. Era una inundación, una salida del mar fuera de sus cauces, una súbita hinchazón de las aguas producida por el paso de aquel fantástico planeta que, según las trazas, había ido a estrellarse contra la masa incandescente del sol.

Después de la ola, el océano turbulento quedó cubriendo lo que sólo unos minutos atrás fuera la maravillosa y feliz ciudad de San Francisco. Mientras tanto la aeronave había seguido elevándose y sus ocupantes podían seguir desde lejos el arrollador avance del alud líquido por el desierto en dirección a las Montañas Rocosas.

Un histérico sollozo de Otis Aznar sirvió para arrancar a los tripulantes de la falúa de su absorta contemplación. El sol seguía llameando con intensa luz verdosa.

—Parece que ha dejado de crecer —dijo el almirante mayor con voz que era todavía insegura—. Yo creo que puesto que no ha estallado ya, no hay miedo a que ocurra una catástrofe mayor. Veamos ¿están todos bien? Pon rumbo al este, Miguel Ángel. Espero que la ola se detenga en las Montañas Rocosas.

Miguel Ángel miró al altímetro. Habían subido rápidamente a 10.000 metros. El viento era todavía muy fuerte.

Mientras los tripulantes de la navecilla se examinaban unos a otros localizándose gran número de contusiones y heridas leves, Miguel Ángel hizo virar al aparato poniendo proa al este.

Impulsada a la vez por el viento y el chorro propulsor de su tobera de popa, la falúa voló rápidamente hacia el este teniendo detrás el sol.

Sofía Medina fue a ocupar el asiento contiguo al del piloto. Miguel Ángel se volvió a mirarla. La muchacha tenía un arañazo en una mejilla y la frente manchada de yeso.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió en silencio.

Miguel Ángel también calló, vivamente impresionado por lo que acababa de ocurrir.

—¡Diablo de planeta! —exclamó al cabo de unos minutos—. ¿De dónde saldría con esa tremenda velocidad?

—Seguramente era un planeta vagabundo. Debía llevar casi la velocidad de la luz, ya que de otro modo se le hubiera visto antes.

Miguel Ángel se volvió en su asiento para mirar atrás. El monstruoso sol verde se estaba ocultando en el horizonte.

—Espero que nuestro sol pueda digerir ese planeta —murmuró volviendo la vista al frente.

Y de nuevo quedaron en silencio, hondamente impresionados y como aturdidos.

La aeronave sobrevoló un extenso territorio que estaba completamente inundado hasta las estribaciones de Sierra Nevada. Solamente las cimas de algunos montes sobresalían de las aguas formando improvisadas islas.

La ola se había extendido frente a la formidable barrera natural que formaban las montañas, más allá de éstas la tierra estaba enjuta.

—Pon la radio, Miguel Ángel —dijo el “superalmirante”—.

Veamos qué se dice de lo ocurrido.

Miguel Ángel puso en marcha el aparato de radio. En medio de unos ruidos espantosos, que don José Luis Balmer atribuyó a la erupción solar, los viajeros pudieron escuchar al locutor de la emisora de Wáshington que estaba leyendo ante el micrófono multitud de despachos que empezaban a llegar de todos los puntos de la Tierra.

En principio, las noticias parecían ser muy confusas. Un cuerpo celeste que se suponía un planeta vagabundo, había estado a punto de chocar contra la Tierra al cruzar la órbita de ésta a una distancia que no llegaba quizá al millón de kilómetros.

El paso del planeta, aunque muy rápido por fortuna, había alterado el equilibrio de las aguas oceánicas creando una marea que hizo desbordarse el océano en forma de una ola gigantesca que había destruido y anegado la totalidad de las ciudades enclavadas a una y otra orilla del Pacífico.

Por la misma causa, al parecer, las fuerzas volcánicas que dormían en las entrañas de la Tierra habían despertado súbita y violentamente dando origen a fortísimos terremotos, a la entrada en actividad de muchos volcanes apagados y a la creación de gran número de otros volcanes nuevos surgidos de las grietas del suelo.

Mientras escuchaban ansiosamente, la aeronave volaba hacia el este dejando atrás el sol que iba hundiéndose en el horizonte. Breves minutos más tarde les sorprendían las sombras de la noche, rasgadas aquí y allá por el surtidor de llamas y materiales en ignición de gran número de volcanes.

El locutor de radio Wáshington se despidió con un lacónico:

—“Hasta dentro de unos minutos, en que volveremos a darles más noticias”.

Pausa que aprovechó Miguel Ángel para preguntar:

—¿A dónde vamos?

—A Wáshington —contestó el Almirante Mayor—. ¿A qué otra parte podríamos ir?

Y Gerardo apuntó:

—Puesto que su casa ha quedado destruida podrían venir todos a la nuestra de Madrid. Aquello probablemente no estará inundado.

—Nosotros queremos volver cuanto antes a Venus —dijo la señora Estrella Aznar, hermana del “superalmirante”—. Estoy

intranquila por mi hija Mercedes.

—No podéis volver ahora allá —refunfuñó el señor Aznar—. La actividad solar parece ser que ha aumentado y Venus está cerca de setenta millones de kilómetros más próximo al sol que la Tierra. Debe hacer allí un calor achicharrante. Tal y como están las cosas, todos nosotros nos sentiremos más tranquilos si la familia se encuentra reunida.

—Pero nuestra hija está en Venus —gimió la señora Balmer angustiada.

—Bueno, no puedes hacer nada por ella —contestó el señor Aznar—. Si el calor se hace insoportable en Venus evacuaremos aquel planeta y Merceditas vendrá a reunirse con nosotros. También pudiera ser que esa furiosa hinchazón del sol fuera un fenómeno de corta duración en cuyo caso no ocurrirá nada. De cualquier forma vamos a aceptar la invitación de Gerardo yendo todos a su casa de Madrid para esperar hasta ver cómo queda todo esto.

—Si lo hacen así —dijo la señorita Medina— les ruego se detengan un momento en Wáshington para que yo pueda desembarcar.

—“¡Atención, atención!” —dijo en este instante la voz del locutor de radio Wáshington—. “He aquí las últimas noticias que acabamos de recibir del Observatorio Astronómico de Monte Wilson. El misterioso planeta que hace apenas una hora cruzó la órbita de la Tierra hizo impacto en el sol. El sol empezó a hincharse inmediatamente lanzando grandes lenguas de llamas que le dieron un diámetro aparente diez veces mayor, del normal... ¡Atención... presten mucha atención a esto!” —la voz del locutor denotaba gran excitación—. “Un análisis espectroscópico preliminar realizado por los astrónomos de Monte Wilson parece indicar que nuestro sol está autotransmutándose rápidamente en... ¡un sol de helio!”

Una ronca exclamación de rabia y sorpresa brotó simultáneamente de las gargantas de Miguel Ángel Aznar, del almirante mayor, de don José Luis Balmer y de la capitana Sofía Medina.

La voz excitada del locutor siguió diciendo:

—“Ustedes supondrán, señoras y señores, las tremendas consecuencias que han de derivarse de este hecho, si se confirma. ¿Es ésta la tan temida transmutación solar que esperábamos?

Creemos que no. Tenemos la esperanza que los sabios profesores de Monte Wilson se hayan equivocado... al menos por esta vez. No creemos a los hombres de Titanio refugiados en Urano capaces de arrancar de su órbita a uno de nuestros planetas, Neptuno en este caso, y empujarlo como una pelota para que fuera a chocar contra el sol. Eso es imposible y con toda seguridad, el impacto de Neptuno contra el globo del sol sería incapaz de cambiar la naturaleza de éste convirtiéndole en un sol de helio. Sin embargo, señoras y señores, un hecho aparece ya como cierto y demostrado. El paso de ese desconocido planeta ha herido a la Tierra en una forma inesperada. ¡La Tierra ha dejado de girar sobre su eje! Y éste sí que es un hecho irrefutable, comprobado a estas horas por centenares de millones de personas. El sol no se ha puesto todavía en la costa del Pacífico...”

—¡Virgen Santísima! —exclamó la señora Balmer aterrorizada.

Los demás pasajeros se miraron unos a otros con expresión estupefacta.

—¡La transmutación solar! No puedo creerlo —murmuró el Almirante Mayor. Y añadió—: ¡No es posible!

—Pues yo me temo mucho que sí lo sea. No es fácil un error de tanto bulto por parte de los astrónomos de Monte Wilson. Si ellos dicen que...

—“¡Atención, atención!” —gritó el locutor por la radio—. “Recibimos nuevas noticias de Monte Wilson. En tanto se comprueba el análisis espectroscópico, se recomienda a todo el mundo permanezca bajo cubierto. ¡Eviten en lo posible las radiaciones del Sol...! ¡Son muy peligrosas! El público debe acogerse a los refugios subterráneos y esperar allí con serenidad el momento de ser evacuados. Todos los autobuses, aerobuses y demás aparatos aéreos de uso civil y particular deben ser presentados por sus tripulantes en los parques de movilización a que están adscritos para participar en el salvamento de las zonas afectadas por la catástrofe. ¡Repito! Todos los autobuses, aerobuses y demás...”

—¿Cuál es el parque de concentración de esta falúa? —preguntó Sofía Medina para mirar la patente.

—Nuestra embarcación pertenece a un Almirante de la flota y está exenta de ser movilizada —dijo Miguel Ángel.

Siguió una breve pausa mientras la radio repetía su mensaje.

—Voy a llevaros a todos a Madrid —dijo el “superalmirante”—. Luego regresaré con la falúa para tomar parte en la evacuación.

—Nos detendremos en Wáshington. También yo debo presentarme allí por si hacemos falta en alguna parte —dijo Miguel Ángel.

La aeronave volaba sobre Cincinnati. Unos minutos más tarde divisaba la fastuosa iluminación nocturna de Wáshington, capital del Estado-Tierra. Esta iluminación, consistía en una aurora boreal creada artificialmente mediante la excitación eléctrica de ciertas partículas de las altas capas de la atmósfera, las cuales tenían la propiedad de hacerse luminiscentes como los gases de un tubo de “neón”.

Wáshington, situada algunos centenares de kilómetros más al Oeste de su antiguo emplazamiento original, no parecía haber sido afectado por la crecida de los mares, el huracán ni los devastadores terremotos. De la intensidad con que brillaba la aurora, a pesar de ser medianoche, podía deducirse que toda la ciudad permanecía en pie, atenta a las terribles informaciones que iba dando la radio.

Miguel Ángel Aznar desconectó parte del sistema automático de control de la aeronave, preparándose a aterrizar. Una falúa de la Policía se acercó para indagar la identidad del aparato tripulado por los Aznar, pues estaba a las aeronaves prohibido volar sobre la ciudad. Esta prohibición, sin embargo, no contaba para los aparatos de los altos jefes del Ejército y la Armada.

Al ver a los cuatro grandes luceros que brillaban intermitentemente en los costados del aparato, distintivo del alto rango de la persona que lo tripulaba, el patrullero policial saludó con unos destellos de sus faros y se alejó.

En este momento el locutor de Radio Wáshington volvía a dar nueva información:

—“¡Atención, atención! Nuevas informaciones recibidas desde el Observatorio Astronómico de Monte Wilson confirman el primer análisis espectroscópico solar. Nuestro astro, fuente inagotable de luz, de calor y de energía para nuestro mundo, ha sido transmutado en un sol de helio altamente perjudicial para nuestra naturaleza de carbono. Toda la vida vegetal será aniquilada de estos planetas en el plazo de unos días. Las mismas personas corren peligro de sufrir grandes quemaduras e incluso de morir tras una exposición

demasiado prolongada a los rayos solares. Nuestro sol, ¡ha sido asesinado!”

Miguel Ángel Aznar alargó la mano hacia el botón y cerró bruscamente la radio.

Minutos más tarde la falúa se posaba en la terraza del gigantesco edificio de las Fuerzas Armadas Terrícolas.

CAPÍTULO III

Miguel Ángel del Azud se despidió de los suyos en la misma terraza del grupo del Azud. —Iré a reunirme con vosotros en Madrid si mis servicios no son necesarios aquí —les dijo.

Sofía Medina estrechó la mano a todos, la portezuela se cerró de golpe y la lujosa aeronave se remontó en el aire.

Los dos jóvenes permanecieron allí unos instantes hasta que las luces piloto del aparato se apagaron en la distancia, y luego tomaron un ascensor para bajar a uno de los pisos ocupados por los servicios de la Armada.

En los pasillos y oficinas del inmenso edificio, la gente andaba de un lado para otro, hacía corrillos, charlaba y gesticulaba como loca. El estupor de los primeros instantes iba siendo sustituido por un sentimiento de cólera, de rabia impotente ante el hecho consumado, a la vez que de sed de revancha a plazo corto.

—¡Nos han asesinado el sol! —decía un contraalmirante a un grupo de compañeros—. Esos sucios pulpos de Urano han apagado nuestro sol como quien arroja una piedra a un farol.

—¿Qué hacemos? —preguntaba un capitán de navío—. Con un sol de helio en nuestro firmamento se impone la evacuación rápida de estos planetas ¿no es cierto?

Sofía y Miguel Ángel se detuvieron para escuchar la respuesta del contraalmirante.

—Seguramente tendremos que evacuar. Pero esto es lo que yo digo, y supongo que todos ustedes estarán de acuerdo conmigo. ¡No nos marcharemos de aquí sin antes dar su merecido a los pulpos de Titania!

—¡Oh, pues claro que no! —exclamó un oficial—. ¡Estaría bueno que nos marcháramos con el rabo entre piernas dejando a esos bichos dueños absolutos del sistema solar!

Los dos jóvenes siguieron adelante, escuchando al paso otros comentarios del mismo subido color.

—La verdad es —comentó Miguel Ángel a su vez— que los sadritas no nos conocen si creen que vamos a aceptar resignadamente la catástrofe que han echado sobre nosotros.

—Pues a menos que nosotros podamos repetir al revés esa transmutación, volviendo el sol a su primitivo estado, no veo otra salida que la resignación y el abandono de estos planetas.

—Sí, seguramente no habrá más remedio que evacuar. Pero no es eso lo que he querido decir, sino que antes de hacerlo... ¡mira, ahí llega el Almirante Hidalgo!

Los oficiales que casi llenaban el pasillo se habían vuelto hacia un hombre de mediana corpulencia que vestía la casaca escarlata de las Fuerzas Siderales y llevaba en la frente de su gorra las tres estrellas de almirante. Uno a cada lado, le acompañaban otro almirante y un vicealmirante de la Armada.

El Almirante Hidalgo, comandante en jefe de la Armada Sideral y las Flotas Combinadas de los Planetas Confederados avanzó rápidamente por el pasillo correspondiendo con leves inclinaciones de cabeza al saludo de los oficiales. Sofía Medina y Miguel Ángel se echaron a un lado para dejar paso al grupo y saludaron a su vez, aunque ambos vestían ropas de paisano. El almirante Hidalgo les miró y de pronto cuando parecía que iba a pasar de largo, se detuvo en seco ante la joven pareja.

—Casi no le había reconocido, Miguel Ángel —dijo Hidalgo tendiéndole la mano al joven—. ¿Cómo está usted? ¿Y su padre y su familia?

—Todos bien, gracias —contestó Miguel Ángel estrechando brevemente la mano del almirante—. Gracias a Dios pudimos escapar a tiempo en nuestra falúa. Papá ha ido a llevar la familia a Madrid, pero regresará en seguida.

—¡Vaya, me alegro! Me acordé de ustedes cuando supe que San Francisco había quedado completamente anegado. ¿No es usted la señorita Medina? —preguntó el almirante volviéndose hacia la muchacha.

Sofía asintió ruborizándose de satisfacción porque el almirante no hubiera olvidado su nombre ni su rostro.

Hidalgo volvió a encararse con Miguel Ángel y delante de todos

los que estaban en el pasillo, escuchando atentamente, dijo:

—¿Le han dicho que ha sido promovido usted al grado de Contraalmirante?

Miguel Ángel enrojeció.

—No, señor. No lo sabía —murmuró.

—Ha sido por lo de Oberón, claro está. Aunque éste no parece el momento más apropiado para felicitaciones... le doy a usted mi más cordial enhorabuena.

—Gracias, señor —dijo Miguel Ángel correspondiendo al nuevo apretón de manos del almirante.

Hidalgo saludó con un movimiento de cabeza a Sofía y dio unos pasos para reunirse con el almirante y el vicealmirante que se habían detenido un poco más allá. Pero de pronto se detuvo, dio media vuelta y volvió atrás.

—Miguel Ángel —dijo—. Mi ayudante Keiper ha sido una de las víctimas del terremoto. ¿Quiere usted sustituirle?

—¿Me invita a ser su ayudante, señor? —exclamó el joven tan sorprendido como admirado—. ¡Oh, acepto con mucho gusto, almirante! Será un honor para mí servir bajo sus órdenes.

Hidalgo miró por encima del hombro a Sofía Medina, que les contemplaba muy seria y como contrariada.

—¿La chica... es su novia? —preguntó en voz baja.

Miguel Ángel asintió poniéndose colorado.

—Puede traerla consigo —dijo Hidalgo—. Extraoficialmente será como un subayudante. Va a sobrar trabajo para todos ahora. Les espero en mi despacho.

Y volviendo a reunirse con sus acompañantes, Hidalgo se alejó entre un murmullo de comentarios. En un instante Miguel Ángel se vio rodeado de un grupo de oficiales que le estrechaban las manos y le daban amistosas palmaditas en la espalda.

Probablemente había en aquellas muestras de efusión más envidia que otra cosa. Un oficial exclamó:

—¡Vaya, Contraalmirante Aznar! La suerte no es para quien la busca sino para quien la encuentra. También la señorita Medina estuvo en Urano y en Oberón con usted. ¿No la ascienden a ella?

—Ella no es hija del Almirante Mayor Honorario —apuntó una voz sarcástica.

Sintiéndose molesto, Miguel Ángel contestó con un seco

“gracias” abriéndose paso hacia donde había quedado Sofía. Naturalmente, no faltó quien interpretara esta frialdad como orgullo, por lo que alguien exclamó:

—Déjenle paso... hay que conservar las distancias.

—Ven conmigo, Sofía —murmuró Miguel Ángel tomando a la muchacha de un brazo y arrastrándola consigo.

Sofía se dejó llevar, pero al estar lejos del grupo de chismosos se detuvo y desasiéndose bruscamente murmuró:

—¿Qué quieres? Nuestros caminos se separan aquí. Tú has ascendido sin dificultad el peldaño más difícil del escalafón. De aquí a Almirante no te falta más que el escalón de Vicealmirante.

—¡Sofía! ¿También tú? —exclamó el joven con amargura.

—¡Oh, no es que sienta envidia, si es eso lo que quieres decir!

—¿Pues, qué es entonces?

Miguel Ángel la miró entonces severamente. Ella enrojeció, suspiró y dijo:

—Está bien; siento envidia, sí. Los dos éramos capitán de fragata cuando empezó el jaleo de los Hombres de Titanio. Juntos tomamos parte en la incursión de Urano y juntos ascendimos a capitán de Navío. También hemos tomado parte los dos en la acción de Oberón... ¡pero sólo tú asciendes ahora! Yo me pregunto ¿corrí en algún momento peligros inferiores a los que tú corriste?

—Yo fui el jefe del comando en las dos ocasiones. Fue mía toda la responsabilidad, más las preocupaciones, las dudas y las decisiones que hubo que tomar. No niego que el riesgo era igual para todos los que participamos en la aventura, pero ¿qué quieres? Esa es la costumbre. Mil hombres se lanzan a una empresa temeraria y salen bien de ella. El mando menciona a los soldados, pero sólo premia al jefe. ¿Tengo yo la culpa que me hayan ascendido? ¿Quieres que proteste por el ascenso?

—No, claro que no —murmuró ella sin levantar los ojos.

—¿Pues, por qué te enojas conmigo? Mira, quizá no estés tú tan lejos de remontar también este penoso escalón. Hidalgo acaba de nombrarte subayudante. No es un cargo oficial, pero algo indica que los jefes se fijen en uno. Apuesto a que no tardas seis meses en ponerte el primer lucero en las charreteras.

Sofía sonrió débilmente.

—Bueno ¿qué se va a hacer? —murmuró levantando los

hombros—. Esperaremos.

Miguel Ángel le apretó cariñosamente el brazo.

—Vamos, entremos en el despacho del Almirante. Temo que vayamos a tener que sudar el ascenso.

Y entraron. El almirante Hidalgo, que estaba atendiendo una llamada telefónica les hizo señas para que se acercaran a la mesa.

—Está bien —dijo por teléfono—. Si esa es la causa buscaremos un remedio para ella. —Colgó bruscamente el aparato y dijo—: Ya tiene usted una tarea, Miguel Ángel. La erupción solar, que ya dificulta bastante las comunicaciones a corta distancia, las hace completamente imposibles fuera de la atmósfera terrestre. Hemos quedado incomunicados con el resto del sistema solar.

—Eso es grave —murmuró Miguel Ángel—. Si el enemigo atacara ahora no habrá manera de ordenar los movimientos de nuestra Flota.

—Esperemos que ellos cuenten con las mismas dificultades que nosotros. Sin embargo hay que arreglar en seguida esa deficiencia estableciendo un cordón de buques para que retransmitan los mensajes por el sistema telegráfico luminoso. Le encargo a usted de esa tarea. Necesitamos saber qué ocurre en Venus y Marte. Y no le doy más de cuatro días de tiempo para tener enlazadas las bases de la Armada en los satélites de Júpiter y Saturno. Detrás de esa puerta hay un despacho. ¡Suyo es!

Miguel Ángel esbozó una pálida sonrisa, miró al almirante Hidalgo y se encaminó hacia la puerta que éste le indicaba.

—Vaya usted con él, Capitán Medina —dijo Hidalgo a la indecisa muchacha.

Miguel Ángel y Sofía entraron en el despacho contiguo. El joven contempló con ojos chispeantes aquel que iba a ser su campo de operaciones.

Sobre la mesa de acero había una batería de teléfonos y una fila de seis televisores detrás del sillón giratorio. En una percha se veía una gorra galonada de Contraalmirante que pertenecía sin duda al antecesor de Miguel Ángel.

—Bueno. Manos a la obra.

El joven tomó asiento en la silla giratoria y pulsó el botón del primer televisor.

En la pantalla apareció en colores naturales la imagen de una

muchacha que preguntó:

—¿Diga, señor?

—Póngame con el Almirante Jefe de la primera Flota.

La muchacha de la pantalla contempló a Miguel Ángel con el ceño fruncido y acabó preguntando:

—Oiga ¿y usted quién es? ¿Qué hace sentado en la silla del Contraalmirante Keiper?

Miguel Ángel se volvió para mirar a Sofía. Ésta fue a la percha, tomó la gorra que había pertenecido a Keiper y se la lanzó rodando por el aire. Miguel Ángel la capturó al vuelo, se la encasquetó hasta los ojos y dijo a la chica de la pantalla:

—¿Me ha oído usted?

—¡Oh, desde luego señor... señor...!

—Miguel Ángel Aznar, ese es mi nombre. Contraalmirante Miguel Ángel Aznar.

—A la orden, Contraalmirante —balbuceó la muchacha abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Dijo con el Almirante Morgan? En seguida le pongo.

Y todo fue como una seda en adelante.

Miguel Ángel habló con Morgan, al que se dio a conocer recabando su ayuda para que le cediera los aparatos necesarios para establecer un cordón de ellos desde la Tierra a Marte y la Tierra a Venus. Morgan llamó a dos de sus más jóvenes contraalmirantes para que se pusieran a las órdenes de Miguel Ángel. Miguel Ángel conversó con estos contraalmirantes disponiendo la salida de las dos flotas.

Durante su viaje a Marte y a Venus, aquellas flotas irían dejando atrás un cordón de buques separados entre sí por una distancia de diez millones de kilómetros. Todos los buques estaban equipados con un dispositivo de recepción y retransmisión ocular. Este aparato consistía de un ojo electrónico muy sensible, el cual recogía el leve pestañeo de luz de un proyector laser que se encontraba a menos de veinte millones de kilómetros de distancia. Al mismo tiempo que recibía las señales luminosas, el aparato las reproducía automáticamente en un potente reflector de rayos laser.

Así, de un buque a otro, el mensaje telegráfico podía recorrer enormes distancias casi a la misma velocidad que las ondas de radio. El único inconveniente de este sistema era que se necesitaban

muchos aparatos para formar la cadena. Pero la Armada Terrícola tenía muchos cruceros —más de tres millones— pudiendo permitirse distraer unos cuantos millares en este servicio indispensable.

Cuando al cabo de tres horas fue a comunicar a Hidalgo que todo estaba en marcha, Miguel Ángel se encontró a su padre que acababa de regresar de Madrid después de dejar allí a toda la familia.

—¡Hola, Contraalmirante! —saludó el señor Aznar.

Y aunque su tono era festivo, en sus ojos brillaba toda la orgullosa satisfacción que le producía el ascenso de su hijo.

—Llega usted a tiempo, Miguel Ángel —dijo Hidalgo—. Vamos a reunirnos con el Presidente y algunos científicos en el Palacio Residencial. Que la señorita Medina suba a la azotea a preparar la falúa.

Pocos minutos después los Aznar y el almirante Hidalgo subían a la azotea del edificio, donde Sofía les esperaba ya ante los mandos de una lujosa falúa aérea. La aeronave se elevó y voló sobre las cúpulas de los rascacielos para ir a posarse en la aeroterraza del Palacio Residencial.

Miguel Ángel fue presentado al Presidente del Estado Tierra el cual le estrechó la mano efusivamente e invitó a los recién llegados a pasar a su gabinete de trabajo.

En un despacho amueblado según el sobrio gusto y la confortable comodidad de la época, había reunido un grupo de ministros y científicos. Entre estos últimos se encontraban el profesor Arsenio Valera y el profesor Castillo, padre de la infortunada Polonia Castillo que perdió la vida durante la acción de Oberón.

Miguel Ángel fue a estrechar la mano del ilustre bioquímico.

—Hola, Miguelito —murmuró el profesor Castillo—. ¿Cómo estás?

—Perfectamente, Profesor, gracias —contestó el joven. Y añadió con embarazo—: Hubiera querido ir a visitarle inmediatamente después de llegar de Júpiter, pero temí...

Castillo le acalló con un fatalista movimiento de manos.

—Sí, sí... comprendo. Hiciste bien. No he querido ver a nadie desde que supe... ¡Bueno! Tenía que ocurrir una catástrofe universal

para que me diera una fuerte sacudida. Y es precisamente lo que ha ocurrido.

Los dos hombres no pudieron seguir conversando porque el señor Presidente acababa de tomar asiento a su mesa. Se hizo un denso silencio, anuncio de las importantes y dramáticas decisiones que allí iban a tomarse.

Miguel Ángel fue a situarse de pie tras el sillón del almirante Hidalgo.

—Naturalmente —empezó diciendo el Presidente—. Todos ustedes conocen ya las causas que me han inducido a reunirles aquí. La iniquidad ha sido consumada. Si mis informes no son falsos somos ahora unos extraños en nuestro propio sistema solar. ¿No es eso, profesor Valera?

—Lo es, sin duda —contestó el astrónomo—. La masa de helio que ahora arde en el sol ha convertido a éste en el peor y más inclemente de nuestros enemigos.

—¿No existe posibilidad alguna de repetir el experimento de los sadritas al revés, devolviendo al sol la naturaleza que tenía antes? —preguntó el ministro de producción.

—Desde luego que no. Eso se da por descontado —contestó Valera.

Pero el ministro insistió:

—Sin embargo debiera ser posible. Lo que unos pulpos han hecho también podemos hacerlo nosotros. ¿Cómo se las arreglaron ellos para provocar esa dichosa transmutación?

—Arrojaron contra el sol una masa compacta de helio de aproximadamente el tamaño de Neptuno.

—¿Pero no era Neptuno?

—¡Oh, claro que no! —exclamó Valera—. Según mi personal opinión las cosas debieron ocurrir aproximadamente así: Los sadritas cogieron uno de sus más grandes autoplanetas, lo vaciaron y lo llenaron de helio a presión. Después de esto debieron llevarlo muy lejos, mucho más allá de las fronteras del Reino Solar. Allí se detuvieron y encaminaron al autoplaneta en dirección al sol. Según la fórmula einsteniana, la energía crea masa y un cuerpo que rebase la velocidad de la luz se hará inmensamente grande. Pues bien; el autoplaneta, acelerando segundo tras segundo en dirección al sol, fue aumentando su velocidad hasta alcanzar los trescientos mil

kilómetros por segundo, que es la velocidad de la luz. En un instante el autoplaneta se hinchó monstruosamente y, naturalmente, también los átomos de helio y de dedona. El autoplaneta pasó por las proximidades de la Tierra y se precipitó sobre el globo incandescente del sol, en donde hizo explosión y empezaron a arder los átomos de helio.

—¿Nada más que eso? —preguntó el ministro de economía. Y añadió—: La cosa no parece tan complicada, al fin y al cabo.

—Lo cual no hace para que sea de una complicación enorme —contestó Valera irónicamente—. Einstein demostró matemáticamente que la velocidad tiene influencia sobre el tiempo y el espacio, y asimismo la tiene sobre la masa y la inercia. Matemáticamente, ningún cuerpo puede tener nunca velocidad superior a la luz. Y en la práctica hemos comprobado que ese “freno” absoluto actúa también sobre nuestras astronaves en sentido progresivamente creciente a medida que aumenta la velocidad. El movimiento de las máquinas, la actividad de la vida e incluso la del mismo pensamiento sufre un retraso que se va acentuando al crecer la velocidad. A la velocidad de la luz las máquinas dejarían de funcionar y el hombre moriría. Pero los motores nunca se detienen por completo, ni mueren los astronautas, porque existe un punto de equilibrio entre la actividad de las máquinas y el “freno” absoluto, más allá del cual es imposible pasar. Porque en la misma fracción de segundo que los motores de la astronave dejan de funcionar, la máquina pierde velocidad volviendo al punto en que los motores se ponen a funcionar de nuevo. Esto ocurre quizá un millón de veces en un segundo y en este punto de perfecto equilibrio está la que llamamos “barrera de la luz”. Cómo han podido transponer esa barrera los Hombres de Titanio es algo que nosotros no podemos comprender. Es algo que siempre se ha considerado imposible de realizar.

—Pero si pudiéramos hacerlo ¿devolveríamos al sol las características de antes de encajar este proyectil de helio? —preguntó el ministro.

A lo que Valera contestó:

—No creo que merezca la pena pensar en ello. No conocemos ningún reactivo capaz de anular los efectos del helio.

—¿Así, pues, debemos aceptar la transmutación como un hecho

de consecuencias irremediables?

—Sí, creo que es lo único que nos queda por hacer —dijo el astrónomo. Y un largo silencio siguió a tan terrible sentencia.

—Naturalmente —dijo el presidente—. Se comprobará el veredicto del profesor Valera en sucesivas investigaciones. Pero poniéndonos en el peor de los casos, suponiendo que fuera imposible restituir el sol a su primitivo estado, profesor Castillo ¿qué probabilidades nos quedan de poder seguir habitando estos planetas?

—Ninguna —contestó el eminente biólogo sin vacilar—. Nuestra naturaleza de carbono no puede prosperar bajo los rayos de un sol de helio.

—Así, pues... ¿se impone la evacuación? —preguntó el presidente.

—No veo otra salida.

Una nueva pausa, más honda y angustiosa que la anterior, subrayó las palabras del profesor Castillo. Se había hablado y escrito tanto acerca de las consecuencias de una posible transmutación solar, especialmente durante los tres últimos meses, que parecía inútil seguir discutiendo aquel tema.

—¡Evacuar! —exclamó un ministro—. ¿Y a dónde?

—Sólo hay un sitio donde podemos ir, seguros de ser recibidos; a Redención —contestó el presidente y añadió—: También podríamos acudir a los nahumitas en demanda de asilo y ocupar los planetas que antaño pertenecieron a la Bestia Gris. Pero el sitio a donde ir no es lo más importante por el momento. Hay tiempo para discutirlo antes de emprender el viaje...

El presidente se interrumpió para mirar uno por uno a los rostros de los hombres y las mujeres que le contemplaban expectantes. Luego suspiró, hizo un vago ademán y dijo:

—Bien; sé lo que algunos de ustedes están pensando. Pueden hablar.

El almirante Hidalgo se inclinó hacia adelante y soltó a bocajarro:

—¿Vamos a marcharnos sin disputar el dominio de estos mundos a la Humanidad de Titanio?

El presidente sonrió y casi con amargura exclamó:

—Sabía que me preguntarían ustedes eso.

—En tal caso —dijo el señor Aznar— tendrá usted preparada la respuesta.

El presidente parpadeó un poco molesto, según las trazas y contestó:

—Como presidente de este planeta, mi posición sólo puede ser una y bien definida. Mi deber consiste en velar por la seguridad, el bienestar y la prosperidad del pueblo que represento. En circunstancias normales, o sea antes que el enemigo procediera a la transmutación del sol, mi gobierno y yo no hubiéramos dudado un instante en empeñarlo todo en una guerra que pudiera evitarnos el dolor y los peligros de una penosa evacuación. Nuestra mala suerte nos coloca ahora frente a un hecho consumado. La transmutación se ha llevado a cabo y no podemos evitar el tener que evacuar nuestros mundos. Ahora bien; si ya no existe razón por la cual luchar con los sadritas ¿para qué vamos a arriesgarlo todo en una guerra que no puede remediar nada?

El señor Aznar se puso en pie. Su rostro estaba rojo como la grana y sus oscuras pupilas llameaban:

—¡Señor Presidente! La vergüenza y el oprobio caerán sobre la memoria de los hombres que, encubriendo su cobardía en falsos escrúpulos de conciencia, rehuyeron un deber y no atajaron un mal cuando éste tenía remedio. La solución de abandonar estos mundos a los Hombres de Titanio es, no cabe duda, la más cómoda de cuantas podemos tomar. Pero usted, yo y los que estamos aquí, sabemos también el precio que algún día habrán de pagar nuestros descendientes por nuestra debilidad de un instante. Sabemos que si hoy nos marchamos de aquí sin disputar el dominio de estos mundos a los sadritas llegará un día en que los sadritas vendrán a disputarnos el dominio de los planetas redentores, nahumitas o cualesquiera de aquellos donde al fin vayamos a refugiarnos. Por lo tanto, es completamente equivocada su creencia de que una guerra, ahora, es inútil por cuanto no puede remediar nada. La Humanidad del presente puede escoger entre luchar hoy, aquí, o huir legando a sus descendientes la necesidad de luchar mañana. La guerra no se evitará. Sólo quedará aplazada.

El Almirante Mayor Honorario de la Armada miró en torno a las mujeres y los hombres que le observaban. Detrás del sillón del Almirante Hidalgo, Miguel Ángel Aznar tuvo que hacer un violento

esfuerzo para contener el grito de “bravo” que le cosquilleaba en la garganta.

Un poco sentimental, los ojos se le llenaron de lágrimas de orgullo. Se consideró el hijo más afortunado del mundo por tener un padre como aquél. Y quizá por esto mismo sintió profunda y repentina antipatía hacia el Presidente cuando, sonriendo con ironía, exclamó:

—¡Mi querido Almirante! Cada día trae su afán, y a nosotros no nos toca más obligación, que resolver los nuestros. Las generaciones del futuro, si es que tienen problemas con los sadritas, los resolverán como nosotros resolvimos los nuestros con la Bestia Gris, como nuestros abuelos arreglaron sus diferencias con los nahumitas, y los abuelos de nuestros abuelos resolvieron su disputa con la Humanidad de Silicio. No hay razones para temer que en el futuro más o menos próximo consigan los sadritas expulsarnos de todos los puntos del Universo donde prospera nuestra raza. Si los sadritas se hacen fuertes aquí, nosotros evolucionaremos también y las generaciones que nos sucedan contarán con sus medios adecuados para dar la réplica a sus enemigos.

—Esa —contestó el señor Aznar— es una forma de excusarse de un deber de conciencia.

—Mi deber consiste en guiar al pueblo por el camino de la prudencia. Un Presidente no puede dejarse arrebatar por la cólera ni precipitar a la nación en una guerra, solamente para tomar revancha por un acto que ya no tiene remedio.

—No se trata de tomar revancha, aunque bien la deseamos. Se trata de considerar con toda frialdad y sin apasionamientos si tenemos derecho a legar a nuestros hijos un temor y una preocupación constantes. Hoy somos por lo menos tan fuertes como los sadritas. Es posible que esté en nuestra mano aniquilar para siempre esa raza y tenemos el ineludible deber de intentarlo. Ya hemos perdido lo que más amábamos; estos mundos donde nació, vivió y se multiplicó esta raza privilegiada de Dios. ¿Qué más podemos perder? ¡Tres millones de cruceros siderales y un Ejército Robot demasiado numeroso para llevarlo con nosotros al exilio! ¿Es un precio elevado para asegurar la tranquilidad y felicidad de las generaciones futuras?

El Almirante Mayor clavó sus taladrantes pupilas en el rostro del

Presidente, el cual se acariciaba pensativamente la barbilla.

—A ese respecto —murmuró el hombre de Estado— sería muy interesante conocer la opinión de la Armada. Ella sería quien tendría que sacrificarse.

—La Armada se sacrificará si la nación se lo pide —contestó muy sereno el almirante Hidalgo.

—Desde luego, tendría que luchar completamente sola, cuando ya la nación andara camino del exilio a bordo de los autoplanetas.

—Así lo hemos entendido desde el primer instante.

El Presidente jugueteó con el lapicero. Luego murmuró:

—Bien. Tratándose de no comprometer la seguridad de la nación no me opondré a que la Armada intente aniquilar a los sadritas. La decisión, naturalmente, queda pendiente de la aprobación de los gobiernos de Marte y Venus. Si ellos presentan una moción en ese sentido, la Tierra la apoyará y la Armada obtendrá carta blanca para actuar según mejor le parezca ¿Están satisfechos?

El Almirante Mayor volvió dignamente a su silla.

La asamblea quedó disuelta poco después. El almirante Hidalgo, el señor Aznar y Miguel Ángel volvieron a tomar el ascensor hasta la terraza, donde Sofía Medina esperaba con la falúa.

—Estuvo usted muy bien en su discurso, Almirante —aseguró Hidalgo mientras volaban de regreso al Cuartel General—. Y le digo todavía más. Si el Gobierno nos negara su autorización para combatir a los sadritas, la Armada lucharía con o sin su consentimiento. Creo sinceramente que ese es el deseo compartido por todos los hombres y mujeres que sirven en nuestros buques. Si no fuera así, hoy mismo dimitiría mi cargo en unas Fuerzas Siderales en donde habrán dejado de existir el valor y la vergüenza.

CAPÍTULO IV

El servicio telegráfico entre la Tierra y Venus comenzó 96 horas después de haberse producido la catástrofica transmutación solar.

Venus, que no había sufrido alteraciones en su movimiento de rotación, que no tuvo terremotos ni inundaciones, atravesaba no obstante por una apurada situación. La radiación solar era mucho más intensa en Venus que en la Tierra por encontrarse 60 millones de kilómetros más próximo al sol. Y en estos momentos con el súbito aumento de la actividad solar, el clima tropical de Venus habíase convertido en algo más tórrido.

De los lagos, ríos, mares y océanos venusinos, se levantaban densas nubes de vapor que formaban una niebla espesísima y hacía irrespirable la atmósfera.

Los venusinos, hacinados en los refugios subterráneos, se encontraban relativamente seguros, en tanto esperaban la decisión del gobierno.

El gobierno venusino, después de consultar a los sabios más eminentes de la nación, había llegado a las mismas conclusiones que el gobierno terrícola. Así, cuando el Presidente terrícola invitó a su colega venusino a celebrar una reunión con el Presidente marciano, el jefe del gobierno del Estado Venus, aceptó inmediatamente.

Se convino en que la reunión tendría lugar en un punto del espacio equidistante de los tres planetas confederados, a bordo de un autoplaneta de la Flota Terrícola, y que a ella asistirían además del gobierno de los tres planetas, los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas de los tres países.

Diez horas más tarde, Marte quedaba también enlazado con la Tierra por una cadena de buques.

En Marte, la transmutación solar había obligado a sus habitantes

a buscar protección en los refugios antiatómicos. La temperatura media del planeta se había elevado considerablemente, pero esto, teniendo en cuenta que Marte era un mundo bastante frío, no representaba para los marcianos motivo de preocupación, como ocurría a los achicharrados venusinos.

El Presidente del Estado Marte, enterado de la reunión que iban a celebrar sus colegas de la Tierra y Venus, contestó a la invitación asegurando que se ponía en camino inmediatamente.

El gobierno terrícola y el Estado Mayor Combinado volaron con su numeroso séquito hasta la Base de autoplanetas, la cual estaba situada en los Grandes Lagos; Superior, Michigan, Hurón, Ontario y Erie, quienes por constituir prácticamente mares interiores se presentaban idealmente para servir de estuario a los gigantescos discos voladores conocidos por el nombre de “autoplanetas”.

Los autoplanetas, por lo común, se pasaban años y aun siglos sin moverse de su ancladero. Eran las máquinas más costosas del mundo, a la vez que más grandes y perfectas en todos los órdenes.

Un autoplaneta no era una astronave corriente; no era un aparato para ser utilizado en los viajes interplanetarios cortos entre los planetas que giraban alrededor del sol, y se les consideraba demasiado valiosos para exponerlos en apoyo de la Armada. Los autoplanetas habían sido construidos y equipados para las travesías largas del espacio; viajes siderales en los que se invertían hasta ahora “dos mil años luz”.

La nación, siempre que encontraba un espacio entre sus múltiples actividades, construía uno o dos de esos gigantescos autoplanetas, y el mundo se sentía un poco más orgulloso de sus propios adelantos y otro poco más tranquilo respecto a su porvenir.

Porque los autoplanetas, llegado un momento de apuro, podían servir y de hecho servirían para evacuar a la Humanidad terrícola —entendiéndose también por terrícolas los habitantes de Venus y Marte.

Lo malo que ocurría con los autoplanetas, era que no se construían tan aprisa como aumentaba la población del mundo.

Como ayudantes del Almirante en Jefe de la Armada Terrícola, Miguel Ángel Aznar y Sofía Medina se embarcaron también con el Estado Mayor Combinado en un crucero sideral que les llevó volando a través de la noche hasta una isla de unos doce kilómetros

de longitud, cuyas costas acantiladas se levantaban cortadas a pico a dos mil metros de altura sobre las oscuras aguas del lago Erie.

Lo que parecía una isla, no era otra cosa que el autoplaneta a bordo del cual iban a reunirse los gobiernos de la Confederación de Planetas Terrícolas. El nombre del buque, “MACON”, aparecía y desaparecía formado por gigantescas letras luminosas en el férreo costado que se alzaba hasta las nubes.

El crucero sideral voló sobre esta “isla” y fue a posarse en la cubierta de vuelos. Esta “cubierta” tenía 113 kilómetros cuadrados y habría bastado para echar sobre ella los cimientos de una gran metrópoli. Dada la altura a que se encontraba la cubierta sobre el nivel del lago, soplaban un viento fuerte y frío en aquel lugar. Una caravana de automóviles se detuvo junto al buque para tomar a los parlamentarios y conducirlos al interior del “disco” por una larga rampa que quedaba interrumpida por una sólida compuerta.

Al transponer la compuerta, los ojos de los pasajeros contemplaron el fantástico espectáculo que ofrecía la ciudad-concha bajo la potente luz de los focos suspendidos del techo.

La ciudad, desierta y silenciosa, lanzó al rostro de los visitantes un sutil olor a acero frío, a cosa nueva, limpia y deshabitada. Era un olor especial, como sólo podía percibirse a bordo de un autoplaneta vacío; en la ciudad encerrada en el interior del formidable disco hueco. Una ciudad de más de treinta y cinco kilómetros de perímetro. Una ciudad completa, con sus avenidas enormemente anchas y escrupulosamente rectas, sus plazas, sus monumentos, sus fuentes públicas, sus estaciones de “metro”, su lago-piscina, sus estadios y todo cuanto pudiera exigirse a una ciudad moderna y magníficamente acondicionada. Una ciudad con tierra, árboles y plantas, excepto habitantes.

Todo cuanto veían los ojos estaba hecho de acero, de aluminio, de cristal o de materiales plásticos. Nada combustible.

Era una ciudad magnífica, y que sin embargo, contristaba el ánimo. Quizá fuera debido a su silencio, su soledad y sus mismas aplastantes proporciones.

Quizá lo sintiera así Miguel Ángel al pensar que en esta ciudad, y en otros varios miles de ciudades idénticas a ésta, estaba condenado a vivir el terrícola durante muchos años; condenado a no ver un cielo azul surcado de nubes, a no ver la majestuosa

inmensidad de un océano, ni el verdor de los campos, los bosques y las praderas.

Condenado a no sentir la caricia de la brisa, a no oír el batir de las olas, ni el murmullo del viento al pasar entre los árboles...

Un autoplaneta era como una cárcel. Las personas que vivían allí tenían los mismos medios de distracción que los habitantes de las grandes ciudades enclavadas en el suelo firme de un planeta.

Pero no era lo mismo. Al habitante de las grandes ciudades terrestres le bastaba saber que podía salir de ellas aunque pasara años sin realizar una gira campestre o una excursión al mar.

Para el tripulante de un autoplaneta lo terrible era saber que no podía pasar más allá de las férreas paredes que limitaban el contorno de la ciudad, ni tender la mirada más lejos del techo metálico que era su cielo.

Además; el hombre moderno había vuelto a buscar el íntimo contacto con la Naturaleza en que vivieron sus remotos primeros padres. En sus ciudades actuales todavía quedaban núcleos donde la gente habitaba en aquellas colmenas abominables llamadas “rascacielos”. Pero la mayoría de la humanidad vivía en casas pequeñas, en pleno campo, formando extensas colonias que ocupaban millares de kilómetros cuadrados y recibían el nombre de ciudad.

Este hombre era el condenado a vivir durante medio siglo entre las férreas paredes, los férreos pisos y el férreo techo de aquel inmenso ataúd llamado “autoplaneta”. No a vivir en el relativo desahogo de los inquilinos de un rascacielos, sino peor aún. Los autoplanetas de que se disponía eran insuficientes para acomodar con holgura a los millones de almas de la Confederación Terrícola.

Como dijo el señor Aznar, que formaba parte de la comisión terrícola; “los desdichados hijos de la Tierra iban a tener que sentarse los unos sobre los otros”.

El autoplaneta “MACON” cerró sus compuertas. Luego abandonó las aguas del lago y se remontó lenta y majestuosamente en el espacio.

La comisión terrestre se alojó a sus anchas en el inmenso edificio donde estaba emplazado el ayuntamiento de la ciudad.

Acompañaba al autoplaneta “MACON” una flota de cruceros siderales que tenían la doble misión de escoltar al “disco” e ir

dejando atrás, a distancias regulares una cadena de buques mediante los cuales se mantendría un contacto telegráfico continuo con la Tierra. Las comunicaciones directas por radio entre los planetas seguían paralizadas a causa de la violenta erupción solar.

Se seguía sin tener noticias de las Bases Siderales de Júpiter y Saturno, donde una parte considerable de la Armada había quedado incomunicada del resto del sistema planetario. Se temía que los sadritas, aprovechándose de la interrupción de las comunicaciones, se hubieran lanzado contra las flotas terrícolas destacadas en los satélites de Saturno y Júpiter.

Sin saber lo que ocurría en aquellas lejanas bases, el “MACON” surcó el espacio y alcanzó el punto de reunión a la hora prevista. Allí se detuvo, esperando a las comisiones de Marte y Venus. Los venusinos todavía tardaron una hora en llegar y poco después era avistada la flota que escoltaba al Presidente marciano.

Lo más notable de la delegación marciana, era que, siendo el Presidente una mujer, la mayor parte de los miembros de su gobierno e incluso muchos de los altos jefes del Ejército y la Armada de Marte, eran también mujeres.

Y no era menos notable la prodigiosa estatura de los marcianos ya que, aunque de origen terrestre, la raza se había agigantado en el transcurso de varias generaciones nacidas en el pequeño planeta.

Lo primero que hicieron las tres delegaciones fue reunirse en un almuerzo de confraternidad. Luego, las delegaciones se trasladaron en grupo al salón de sesiones del Ayuntamiento de Macon, donde dio comienzo la asamblea.

Primero hablaron los astrónomos, astrofísicos, bioquímicos y demás científicos, los cuales resumieron lo ocurrido y bosquejaron con los más sombríos colores el porvenir que aguardaba a la naturaleza terrícola, bajo los ardores de un sol de helio.

Según los sabios, la alternativa era evacuar o morir.

Los presidentes decidieron por unanimidad la evacuación inmediata de los planetas.

El segundo tema a tratar; el punto donde ir, era lo más difícil de decidir. Los planetas “redentores”, donde una importante rama nacida del tronco terrícola había fundado un rico y floreciente imperio, parecía a primera vista el lugar más indicado; aquel donde la nación terrícola encontraría una Humanidad vinculada a la suya

por la sangre, la cultura y la lengua.

—Pero los planetas “redentores” estaban ya superpoblados cuando llegó a la Tierra el último de sus correos —apuntó la señora Presidente del Estado Marte—. Como la noticia tardó dos mil años en llegar a nosotros, y nosotros invertiremos otros dos mil años en el viaje hasta Redención, los redentores habrán tenido más de cuatro mil años para doblar y hasta triplicar su población desde la última vez que nos mandaron sus saludos.

El Presidente del Estado Tierra sonrió.

—Yo no creo en la “superpoblación” —aseguró—. No puedo imaginarme al gigantesco Redención cubierto interior y exteriormente por una sola ciudad de rascacielos, ni a los redentores pululando como hormigas y viviendo en tiendas de campaña incluso en medio de las calles de esa inmensa ciudad. Lo que ocurre es que tanto los redentores como nosotros, nos hemos acostumbrado a vivir en casas familiares de una sola planta, rodeados de una parcela de terreno que hemos dado en considerar “vital”. No creo, en fin que los redentores tuvieran que imponerse un duro sacrificio para dar cabida en sus gigantescos planetas a los cincuenta mil millones de terrícolas que llegáramos allá en demanda de asilo.

—Eso sin contar —añadió el Presidente del Estado Venus— que nosotros llegaremos allá con nuestros autoplanetas. En el peor de los casos seguiríamos habitando en nuestras ciudades “concha”; bien haciéndolas flotar como islas sobre los océanos de Solima o suspendiéndolas en el espacio a modo de ciudades aéreas.

La Presidente marciana se encogió de hombros e hizo una mueca, como vencida por sus dudas y temores. Pero don Miguel Ángel Aznar saltó en pie y dijo:

—Señoras y caballeros. ¿No estamos enfocando este asunto desde un punto de vista completamente equivocado? Lo que la nación terrícola necesita es una nueva patria donde podamos crecer y multiplicarnos sin ahogo ni limitación de espacio, hacer las cosas a nuestra manera y reanudar nuestra existencia según las leyes y costumbres tradicionales. ¿Por qué ir a Redención? A la misma distancia, ¿no tenemos los planetas thorbod completamente deshabitados?

—¡Los planetas thorbod! —exclamó el Presidente venusino—.

Usted estuvo en ellos. ¿Cómo son?

—No existe diferencia apreciable entre los planetas thorbod y los terrícolas. Como aquí, aquellos mundos tienen sus atmósferas, sus océanos y sus continentes donde prosperan plantas de carbono semejantes a las nuestras. Hay por lo menos cinco globos de proporciones, presiones, densidades y temperaturas análogas a las de la Tierra. El sol que alumbra y calienta aquellos mundos tiene la misma edad y composición que nuestro sol. Nada se opone a que tomemos posesión de ellos... y eso es lo que debemos hacer.

—Pero aquellos mundos ¿están realmente deshabitados? La Bestia vivía todavía allí cuando usted los visitó.

—En efecto —contestó el señor Aznar—. La Bestia trabajaba afanosamente en un intento desesperado por rehacer su antiguo poderío. Pero dudo que lo consiguiera. Cuando dejé Nahum las repúblicas nahumitas se preparaban para marchar con todas sus fuerzas contra los thorbod. Además; nosotros mandamos allá el autoplaneta “Valera” hace cincuenta años para que comprobara si la Bestia había dejado de existir y la rematara en caso contrario. “Valera”, probablemente, habrá vencido a los thorbod y dejado en aquellos planetas una colonia terrícola. Si nosotros nos dirigiéramos ahora a los planetas thorbod llegaríamos cincuenta años después que “Valera”, justo a tiempo de tomar parte de la colonización que ya habrán emprendido los valeranos.

El Presidente venusino miró a sus colegas terrícolas y marciano.

—Verdaderamente —dijo— las perspectivas son inmensamente más amplias dirigiéndonos a los planetas thorbod que a Redención.

A lo que el Presidente de la Tierra contestó:

—También los riesgos son mayores. Figúrense que llegáramos allá y nos encontráramos que la Bestia dominaba sobre sus planetas y los planetas nahumitas. ¿Qué haríamos?

—Si la Bestia hubiera logrado rehacer su Imperio nosotros lo volveremos a aplastar con el arma que tenemos ahora. Los thorbod, estoy seguro, no conocen todavía los rayos perforantes de “luz sólida” —dijo don Miguel Ángel Aznar.

El presidente dio inequívocas muestras de impaciencia golpeando su carpeta con un lapicero.

—Señor Aznar —dijo—. Un pueblo lanzado en forzado éxodo no es una expedición de guerra. No podemos arriesgar cincuenta mil

millones de almas en los azares de una guerra. Además; el pueblo no lo desea. Lo que el pueblo quiere es una seguridad de que tras cuarenta años de viajar por el espacio encontrará unos mundos donde habitar entre amigos.

—El pueblo es egoísta por naturaleza, lo sé —contestó el Almirante Mayor con amargura—. Si le damos a escoger se decidirá por lo más cómodo. Y lo más cómodo y seguro es ir a Redención. Quizá lo que debiera hacerse en este caso es no darle opción a escoger. La masa es ciega, no ve más allá del presente. Pero los hombres y las mujeres que estamos aquí, con mirada clarividente e instinto más certero, sabemos qué conviene más al pueblo.

Un profundo silencio siguió a las audaces palabras del Almirante Mayor Honorario.

—¿Imponer al pueblo un punto de destino distinto al que desea tomar? —exclamó el Presidente terrícola entre sorprendido e indignado. Y dando una fuerte palmada sobre la carpeta gritó—: ¡Nunca! ¿Qué se ha creído usted, señor Aznar? Ya están muy lejos los tiempos en que usted mandaba a su capricho sobre estos planetas. Aquello no puede repetirse, ¡y no se repetirá! La nación irá donde le plazca y nosotros iremos con ella porque somos sus representantes y porque jamás traicionaremos la confianza que depositaron en nosotros. ¿Se ha enterado?

—Perfectamente —contestó el Almirante Mayor sin perder la calma, y volvió a su asiento.

El Presidente terrícola lanzó una mirada furiosa. Luego se volvió hacia sus colegas y dijo:

—Creo que ustedes están conmigo respecto a este punto. No podemos obligar al pueblo a hacer lo que no le gusta.

—Desde luego —contestó la señora Presidente marciana—. La nación tiene derecho a escoger su propio destino. Formaremos dos flotas; una para los que deseen ir a Redención, y otra para aquellos que se sientan atraídos hacia la aventura y opten por marchar en busca de los planetas thorbod.

—¡Cómo! —exclamó el Presidente terrícola, abriendo los ojos de par en par—. ¿Cree usted que habrá un solo terrícola, que prefiera la incertidumbre de los planetas thorbod a la seguridad que ofrece Redención?

—Conozco al menos a uno que lo preferirá —contestó la dama

con marcada ironía—. Yo.

Declaración ésta que originó un murmullo de risas sofocadas y dejó completamente confuso al Presidente terrícola.

A través de la mesa, los ojos de la primera dama marciana y el Almirante Aznar se encontraron. Fue como un intangible apretón de manos.

Un ministro marciano exclamó:

—No irá usted sola, señora Presidente.

Y de diversos puntos del salón surgieron voces que gritaban:

—¡Cuenta conmigo!

—¡Bueno, bueno! —dijo el Presidente terrícola—. No vamos a hacer ahora la inscripción de todos los que desean participar en uno u otro bando. Naturalmente, así como no podemos obligar a todo el mundo que vaya a los planetas thorbod, tampoco podemos forzar a todos para que sigan a la mayoría hasta Redención. La cosa tiene fácil arreglo. Se abrirán dos listas. El que quiera ir a los mundos thorbod, que vaya. Y el que prefiera ir a Redención, que vaya también. ¿Estamos de acuerdo?

La solución era satisfactoria para todos. Se discutieron rápidamente los trámites para formar las dos flotas expedicionarias.

—Y ahora podremos hablar un poco de los sadritas —apuntó la Presidente del Estado Marte—. Si nos marchamos dejándoles disfrutar de lo que nos han quitado, algún día no muy lejano vendrán a quitarnos también Redención, Nahum y la galaxia Thorbod.

—Ciertamente —aprobó el Presidente del Estado Venus—. Rehuirles ahora no haría sino aplazar un encuentro que es fatalmente inevitable. Mejor que les ataquemos ahora, antes de que se hagan más fuertes.

Y los dos se volvieron a mirar al Presidente terrícola, el cual se encogió de hombros y dijo:

—Si Marte y Venus optan por la guerra, la Tierra se sumará a la decisión de la mayoría.

—Marte opta por la guerra —dijo la Presidente alzando la mano.

—Venus opta por la guerra —dijo el venusino imitando el movimiento de su colega.

—La Tierra opta por la guerra condicionada —dijo el Presidente terrícola—. La lucha no debe comenzar antes que los planetas

confederados hayan sido completamente evacuados. Se dará un plazo de tiempo hasta que las flotas de autoplanetas hayan tenido tiempo de alejarse. Luego, la Armada tendrá carta blanca para actuar como mejor le parezca.

Los marcianos y los venusinos aceptaron las reservas del gobierno terrícola. Se convino que la Armada escoltaría a la flota de autoplanetas hasta un punto del espacio lejano a las fronteras del Reino del Sol. Luego, la Armada regresaría para atacar a Urano. Si la flota sideral sadrita era derrotada, el Ejército Autómata Terrícola desembarcaría en Urano procediendo al sistemático aniquilamiento de la humanidad de Titanio.

Después, los buques de la Armada abandonarían el Reino Solar para seguir a los autoplanetas que ya estarían volando en dirección a Redención y a Nahum.

Quedaba a gusto de los hombres de la Armada escoger el destino que tomarían cuando terminara la batalla.

La “Operación Exilio” empezaría al transcurrir veinticuatro horas después del acuerdo firmado por los presidentes de la Confederación y estaría completamente terminada en el plazo de noventa días.

* * *

La melancolía, la desesperación y la rabia eran los sentimientos predominantes entre los miembros de la delegación que regresaba a la Tierra.

La situación era la misma que al dirigirse al encuentro de las delegaciones marciana y venusina. Nada había cambiado. Y sin embargo, los tripulantes del “MACON” sentíanse más descorazonados que antes, más desconsolados, como defraudados del resultado de unas conversaciones en las que, sin haberlo confesado, todos esperaban surgiera alguna solución tan imprevista como imposible.

La realidad, triste y amarga, era que no existía solución alguna.

El terrícola tenía que saltar de sus planetas, marcharse en busca de otros mundos donde poder continuar su azarosa existencia. Podía quizá vengar el asesinato del sol en la mezquina humanidad que lo había cometido. Pero la venganza no repararía el mal.

Esto lo sabían los terrícolas, y sin embargo, deseaban vengarse. Lo deseaban especialmente los hombres de la Armada Sideral, aquellos que una y otra vez habían defendido a la patria de las acechanzas, el rencor o la codicia de cuantos extranjeros intentaron conquistarla o destruirla.

Para estos hombres, la forma artera en que los sadritas se habían apuntado la victoria era de lo más indignante, intolerable y despreciable. Algo así como una imperdonable falta de caballerosidad, un atentado contra las reglas de la moral, el honor y las leyes de la guerra que incluso la misma Bestia Gris había respetado algunas veces.

Los sadritas habían verificado la transmutación solar antes de saber si les sería permitido disfrutar del nuevo sol. Era como vengarse por anticipado de una posible derrota. Aunque los terrícolas echaran de sus planetas a los sadritas, no podrían seguir habitando en los mundos asesinados por el inclemente sol de helio.

Esto era lo que sublevaba a los hombres de la Armada. ¿Serían tan estúpidos aquellos sadritas como para creer que con forzar a los terrícolas al abandono de sus planetas habían ganado una guerra sin entablar batallas?

—Esos tipos no nos conocen —solían decir los miembros de la Armada Sideral.

Y tenían razón.

Los sadritas no conocían a la humanidad terrícola, de la misma forma que los terrícolas lo ignoraban casi todo respecto aquellos extraños pulpos que se titulaban a sí mismos “sadritas”.

Las escasas relaciones existentes entre estas humanidades tan dispares entre sí databan sólo de medio año atrás.

El primer contacto entre los terrícolas y los intrusos revistió el carácter de un acontecimiento dramático. Al presentarse por primera vez a los sorprendidos ojos del terrícola, los sadritas iban tripulando unos extraños aparatos en forma de herradura, los cuales surcaban el espacio a tremenda velocidad impulsados por un rayo de “luz sólida”.

Los “Omega”, llamados así por un curioso parecido con esta letra del alfabeto griego, iban armados de un movable haz de estos mismos rayos de “luz sólida”, los cuales perforaban las corazas de “dedona” de cruceros terrícolas como si fueran papel.

Las consecuencias que se derivaron de este primer encuentro fueron tremendas y, a la larga, decisivas para los planetas que giraban alrededor del sol. La flota terrícola se retiró a sus Bases de Júpiter después de sufrir humillante derrota a manos de los pequeños “Omega” del enemigo, y el terror cundió en los mundos al tenerse noticia de la existencia de unos rayos que atravesaban las corazas de “dedona”.

Hasta este momento, la técnica guerrera de la Confederación de Planetas Terrícolas se resumía en la frase: “Torpedo contra torpedo, coraza contra coraza”. Lo cual venía a querer decir que, el torpedo era el arma esencialmente ofensiva, así como la coraza lo era en el aspecto defensivo.

Pero con el advenimiento de la “luz sólida”, traída por los intrusos, estas reglas fundamentales fueron profunda y completamente transformadas. El rayo de “luz sólida” destruía los torpedos terrícolas tan pronto como los tocaba. ¡Y la Confederación había estado acumulando fantásticas cantidades de aquellos torpedos en los últimos siglos!

El mundo se vio inerme frente a esta arma terrible, contra la que no existía defensa conocida. Y aunque los sadritas enviaron sus parlamentarios y éstos aseguraron que sólo deseaban colonizar el planeta Urano para establecerse en él y mantener relaciones de buena amistad con la Confederación, los terrícolas comprendieron que jamás estarían en condiciones de discutir de igual a igual con los intrusos en tanto la Armada Sideral no poseyera también aquellos mortíferos rayos de “luz sólida”.

Fue entonces cuando Miguel Ángel Aznar, al frente de un comando del que también formaba parte Sofía Medina, realizó una audaz incursión en Urano regresando a la Tierra con un ejemplar de los misteriosos y codiciados proyectores de “luz sólida”.

La “luz sólida”, estudiada, copiada y experimentada en la Tierra, ya no era un secreto exclusivo de los sadritas. La industria electrónica de la Confederación en peso se lanzó a la fabricación de proyectores para armar a todos los buques de la flota en seis meses.

Desgraciadamente, no se había llegado a tiempo para impedir aquella temida transmutación solar. Y esto era natural, en cierto modo. Si los sadritas hubieran considerado a los terrícolas capaces de hacer fracasar su plan, lo lógico habría sido que atacarían a los

Planetas Confederados antes que éstos estuvieran armados de los rayos de “luz sólida”.

Los terrícolas tenían ahora la réplica a la pregunta que tanto les había inquietado: ¿Por qué no atacaron los intrusos cuando sus rayos perforantes les daban una neta superioridad sobre la Armada Terrícola?

Sencillamente; porque los sadritas tenían ya formado su plan y no consideraban necesario arriesgar una vida ni un aparato en una lucha por expulsar a los nativos. Los terrícolas tendrían que marcharse obligatoriamente o morir bajo los rayos de un sol que era altamente perjudicial para su salud.

Si los sadritas pensaron que los terrícolas se marcharían sin luchar era cosa que se ignoraba. Posiblemente lo pensaran así. ¿Quién era capaz de penetrar los pensamientos de una humanidad en donde el ser superior estaba representado por un pequeño pulpo?

¡Un pequeño pulpo!

La rabia del terrestre subía de grado al considerar la pequeñez del enemigo que tenía enfrente. No podían creer que unos “asquerosos bichos” fueran capaces de expulsar ¡a ellos! que sólo treinta años atrás habían hecho morder el polvo a la Abominable Bestia Gris en estos mismos lugares.

Tan ufanos estaban de sí mismos los terrícolas, tan seguros de su superioridad neta sobre los pulpos, que incluso después de ver por su propios ojos la transmutación solar se creía en la réplica pronta y adecuada del inagotable ingenio del hijo de la Tierra.

“Nuestros científicos encontrarán la manera de reparar esto” — se oía por doquier.

Así causó conmoción general el anuncio que pocas horas después de haberse reunido los Presidentes de la Confederación lanzaron al éter todas las estaciones de radio y televisión del mundo:

“La evacuación es cosa decidida; así lo anuncian nuestros corresponsales que asistieron a la entrevista celebrada en el espacio entre los Presidentes de la Tierra, Marte y Venus. Aunque todavía no se ha facilitado el comunicado oficial, se sabe que la “Operación Exilio” comenzará dentro de unas horas debiendo estar completamente terminada en el plazo de noventa días...”

El mundo, estupefacto, no podía creer en lo que oía. Ignoraba que el Gobierno había retrasado facilitar el comunicado oficial para que el público viviera unas horas en la incertidumbre y estuviera preparado para recibir el golpe definitivo.

Y este golpe no se hizo esperar. En un momento sabiamente escogido cuando el público exasperado exigía detalles más concretos y definitivos, el comunicado oficial echó por el suelo las últimas esperanzas.

Iba a comenzar la “Operación Exilio”. El hombre de la Tierra tenía que abandonar aquellos planetas donde viera por vez primera la luz del sol. La sentencia estaba echada.

CAPÍTULO V

DESDE todos los puntos de Norteamérica, por las magníficas autoplanetas reparadas de los puntos de la costa donde esperaban los gigantescos autoplanetas.

También por el aire cruzaban y volvían a cruzar aerobotes, aerobuses y buques auxiliares de la Armada que iban a recoger a los habitantes de las más apartadas regiones para acarrearlos hasta los puntos de concentración de los “discos volantes”.

La escena era la misma para todas las regiones de la Tierra, de Marte y de Venus. Una humanidad trashumante, sin más bagaje que un ligero hatillo de ropas y un estuche con los enseres de aseo personal, se encaminaba hacia el exilio; lentamente, sin prisas, como retardando de toda intención el penoso momento de abandonar para siempre el suelo de la amada patria.

En el hemisferio oriental del globo terráqueo, donde reinaba un día continuo bajo el ardor de un monstruoso sol verde, la gente no podía dirigirse a pie hasta los autoplanetas. Éstos tuvieron que descender sobre las ciudades-refugio antiatómicas y, proyectando su gran sombra sobre el suelo, tomar directamente de los subterráneos a los que allí se encontraban desde el día de la transmutación solar.

Las ciudades-concha albergadas en las entrañas de los autoplanetas, desiertas y silenciosas durante siglos, se veían de súbito animadas por el ruido y la agitación de los rebaños humanos que las iban invadiendo.

La actitud tarda y remolona de los evacuados cambiaba bruscamente en el momento de pisar las planchas de los grandes “discos volantes”.

El terrícola, sabedor de la insuficiencia de espacio a bordo de los autoplanetas, echaba de lado todo sentimentalismo y se lanzaba a la conquista de un buen apartamento para él y su familia. La entrada

en las ciudades-concha, era seguida de una furiosa carrera por las calles, las escaleras, los ascensores y los pasillos de los “discos volantes”.

Familias enteras, reunidas para participar juntas en el largo viaje hasta los lejanos planetas redentores, formaban a modo de bandadas que, llevando un distintivo especial para reconocerse entre el tumulto, apelaban a la violencia más primitiva para ganar un lecho confortable, una casa con muebles, un radiovisor y una cocina.

Las luchas comenzaban ya en el momento de tomar las grandes escaleras mecánicas que les elevaban del suelo a la ciudad-concha, proseguía por tales o cuales causas a bordo del autoplaneta y se recrudecía ante las jaulas de los ascensores.

Ocurría a veces que dos bandas llegaban al mismo tiempo a un apartamento, disputándose su conquista con duras palabras que indefectiblemente acababan en golpes.

La policía, que no podía estar en todas partes a la vez, tenía que actuar con violencia lanzando sus coches contra las multitudes insolentes, utilizando mangas de agua a presión para hacerlas retroceder, interviniendo con golpes de porra en las luchas y desalojando los pisos de los edificios con gases lacrimógenos.

Parecía mentira que esto ocurriera entre los individuos de una raza que se consideraba a sí misma poseedora de un alto nivel cultural. Pero ocurría. Porque el hombre, cualquiera que fuera su educación, siempre acababa por reaccionar con su feroz instinto de conservación.

Siendo el número de autoplanetas disponibles insuficientes para ofrecer cómodo alojamiento a toda la población del mundo, los comandantes de estos buques tenían orden de tomar a bordo doble número de refugiados del que estaba marcado en el censo oficial de la ciudad-concha. La gente debía apretarse en los departamentos y cuando no cupiera en éstos se acomodaría en los pasillos, en los patios, en algunos almacenes preparados al efecto y, por último, en las calles y las plazas públicas, en tiendas de campaña, en barracones y al “aire libre”, si no había más remedio.

Pero los autoplanetas no se llenaron hasta este extremo en las primeras semanas de la “Operación Exilio”. Las muchedumbres permanecían en tierra firme negándose a embarcar en los

autoplanetas ya llenos. Esperaban la llegada de otras astronaves, alentando la esperanza de conseguir en éstas un buen apartamento donde, mal que apretujada, pudiera una familia sentirse “como en casa”, disfrutando de camas decentes, teniendo muebles, televisor, cocina y ventanas por donde respirar a sus anchas.

El sentido de la libertad y la independencia estaba muy arraigado en la población terrícola. Frente a las casas aisladas, rodeadas de un ancho jardín donde habitaron hasta entonces, la perspectiva de un viaje de más de cincuenta años en una ciudad-concha era horripilante.

No era fácil obligarles a aceptar estas penosas condiciones de habitabilidad. Pero había un medio. Éste consistía en esperar hasta la hora de salida. En el último instante, los rebeldes no tendrían más remedio que rechinar los dientes y embarcar, aceptando cualquier espacio donde pudieran colocar los pies.

En contraste con los tumultos, desórdenes y peleas que se producían en todos los autoplanetas de la flota, había en la Tierra un gigantesco “disco-volante” de 15 kilómetros de diámetro, de nombre “Santa Fe”, donde reinaba una tranquilidad absoluta y todavía quedaban manzanas enteras completamente vacías.

Aunque todo el mundo conocía el nombre de esta astronave y el punto donde estaba anclado, nadie se afanaba por llegar hasta él. La gente se apartaba de él como de la peste. Era el autoplaneta destinado a quienes quisieran emigrar a los planetas thorbod.

El Presidente del Estado Tierra no andaba descaminado cuando aseguró que nadie querría cambiar el seguro refugio de los planetas redentores por el incierto porvenir que aguardaba a quienes se dirigieran a los mundos thorbod.

Porque si no “nadie”, muy pocos en verdad se manifestaron deseosos de seguir al Almirante Aznar por los dilatados espacios intersiderales hasta aquellos remotos planetas donde aguardaba agazapada la aventura; quizá la muerte.

Y otro tanto ocurría en Venus, donde el autoplaneta “Ascrea” tampoco tenía completas sus plazas. Solamente el autoplaneta marciano se había llenado a rebosar, y ello porque la popular Presidente de la nación encabezaba la lista de los emigrantes.

—Parece que no vamos a ser muchos —comentó Miguel Ángel delante de su padre.

A lo que el Almirante contestó—:

Seremos pocos, pero buenos.

Y en efecto, el señor Aznar mostró una lista de personalidades que iba desde la Presidente del Estado Marte a las figuras más preeminentes, así en la Política como en la Economía, las Ciencias, las Letras y las Artes.

—Se necesita poseer un espíritu selecto para valorar las inmensas perspectivas que se abren ante aquellos que vayan a fundar una nueva patria —explicó el Almirante Mayor—. Sólo las personas dotadas de un ideal son capaces de desdeñar la seguridad de los planetas redentores por la incertidumbre y los riesgos de un viaje hasta el Imperio Thorbod.

Después de afirmar lo cual, el Almirante se dedicó con entusiasmo a preparar la expedición.

Para ir a buscar asilo en Redención los exilados no necesitaban llevar consigo toda la complicada maquinaria sobre la cual se apoyaba el moderno Estado terrícola. Pero los partidarios del Almirante Aznar iban a colonizar unos planetas prácticamente vírgenes, tenían el propósito de fundar una nación, y consecuentemente necesitaban llevar consigo gran cantidad de maquinaria y equipo. Esto, con el nuevo sistema de reducir los espacios vacíos existentes en la materia, no implicaba grandes problemas de espacio.

Sin embargo había que buscar la maquinaria adecuada, arrancarla de donde estaba, transportarla hasta donde se encontraban las instalaciones llamadas “reductoras” y empacarlas y clasificarlas para su ulterior empleo en los mundos de la Bestia Gris.

Todo esto, en fin, representaba un trabajo que había de tener muy atareados a los futuros conquistadores hasta el mismo momento de la marcha.

Mientras tanto, Miguel Ángel Aznar vivía enfrascado en la no desdeñable tarea de preparar a la Armada, reunir sus efectivos, evacuar las bases, volar aquellas que se consideraban inútiles y planear la demolición de los gigantescos arsenales de la Tierra y la Luna a fin que el enemigo no pudiera aprovecharse de ellos.

Se había conseguido al fin enlazar telegráficamente con las bases de las lunas de Júpiter y Saturno. El Estado Mayor General respiró al saber que el enemigo no había atacado todavía en aquellas

lejanas islas planetarias...

Trabajando hasta 20 horas diarias, durmiendo poco y a pequeños intervalos, los días pasaron rápidamente tanto para Miguel Ángel Aznar como para Sofía Medina. Como ayudantes del Almirante Jefe de la Flota Combinada, su tarea abarcaba las más diversas ramas y no terminaba nunca.

Por fin llegó el “día D”. En diversos puntos de la Tierra, de una Tierra extrañamente muerta y silenciosa, sin vida en sus campos ni en su cielo, los gigantescos autoplanetas anunciaron por los altavoces la inminente salida.

Entonces, los millones de personas que todavía quedaban en el suelo se apresuraron a subir por las escaleras mecánicas hasta las ciudades-concha.

Mientras la muchedumbre apresurada se acogía a los buques, el suelo empezaba a temblar sacudido por las formidables explosiones de los arsenales del Ejército. En la noche eterna del hemisferio occidental, donde el sol no había vuelto a salir desde su transmutación, brillaban con lívido fulgor las llamaradas de los depósitos de municiones que los ingenieros hacían saltar por radio. En el hemisferio oriental se veían los monstruosos hongos radiactivos subiendo a considerable altura.

Era el principio del apocalipsis final.

En Wáshington, capital del Estado Tierra, Miguel Ángel Aznar y Sofía Medina cerraron sus carpetas con un suspiro melancólico.

—¿Vamos ya, muchachos? —preguntó el almirante Hidalgo desde el despacho contigo.

Los dos jóvenes se reunieron con Hidalgo. El almirante, antes de abandonar su despacho, se volvió para contemplar con ojos húmedos aquel que durante tanto tiempo había sido su gabinete de trabajo.

—Andando —murmuró con voz ronca.

El pequeño grupo salió al pasillo. Flotaba en el aire el acre olor de los papeles que el Estado Mayor había quemado. Todas las puertas que daban a los corredores estaban abiertas y a través de ellas se veían los despachos vacíos, silenciosos, con los cajones de los muebles y archivadores fuera de su sitio, los pisos cubiertos de papeles inútiles y sin interés.

Junto a la puerta del ascensor esperaba una muchacha que

vestía el uniforme de las Fuerzas Siderales.

—¿Ya no queda nadie? —preguntó Hidalgo.

—Nadie, señor —contestó la muchacha con acento triste—. Nosotros somos los últimos.

El ascensor se puso en marcha. Producía una inmensa sensación de ahogo pensar que cada acto se estaba realizando por última vez; que cada cosa sobre la que posaban los ojos se veía por última vez...

Al llegar a la azotea desierta, donde sólo quedaban un par de aerobotes y la falúa del almirante Hidalgo, el grupo se detuvo mirando a su alrededor.

La aurora artificial que durante días había brillado sobre la ciudad, restallaba todavía por encima de sus cabezas. Bajo esta luz, Wáshington aparecía enorme y silenciosa, con sus ventanas oscurcidas, sus calles sucias y desiertas, sus vehículos aparcados a lo largo de las aceras, que antaño hollaron multitudes felices y despreocupadas...

Contristaba el ánimo pensar los siglos de trabajo, el formidable esfuerzo aplicado por el hombre en la construcción de aquella magnífica ciudad, y saber que todo iba a saltar en pedazos al impulso brutal de las formidables cargas atómicas depositadas en los subterráneos de la metrópoli.

Lejos en el horizonte chisporroteó el lívido fulgor de una deflagración termonuclear.

—Faltan diez minutos para la hora “H”, señor —anunció un oficial de enlace señalando su reloj de pulsera—. Probablemente somos los únicos hombres que quedan todavía sobre la faz del mundo.

—Los únicos. Y luego... ¡nadie! —murmuró Hidalgo apesadumbrado. Y con súbita decisión echó a andar hacia la falúa diciendo—: Vámonos.

Los aerobotes hacían sonar insistentemente sus sirenas, por si quedaba alguien atrás. Hidalgo y sus ayudantes treparon hasta la falúa y ocuparon sus asientos. Los pocos hombres y mujeres que quedaban en la azotea subieron también en los aerobotes. Las tres navecillas se elevaron verticalmente en el aire.

El piloto conectó el aparato de radio.

“¡Faltan ocho minutos para la hora cero!” —anunció la voz de

un locutor.

Desde el aire, los tripulantes de la falúa contemplaron la ciudad que iba hundiéndose bajo sus plantas. Aquí y allá ardían algunos incendios aislados. También brillaban algunas luces inmóviles, que nadie se había entretenido en apagar.

Silenciosos y sombríos siguieron mirando a la ciudad hasta que un banco de nubes se interpuso como un telón de gasa ante sus ojos. La falúa puso en marcha sus reactores, levantó la proa y empezó a subir como un cohete hacia el cielo tachonado de estrellas. Por el Oeste iba brotando un extraño fulgor verde-oscuro, anuncio de un anómalo amanecer.

A medida que el aparato ganaba altura la extraña alba de occidente crecía en intensidad. En el horizonte asomó el borde de un monstruoso sol color verde que fue subiendo y subiendo hasta obligar al piloto de la aeronave a polarizar la cubierta transparente de la cabina para amortiguar sus rayos ardorosos.

Un estrépito como de continuas descargas eléctricas brotaba del tornavoz del aparato de radio.

—Apague la radio, capitán —ordenó Hidalgo al piloto—. A estas alturas ya no sirve para nada.

La falúa atravesó como una saeta las altas capas de la ionosfera terrestre y voló por el espacio libre en persecución de la flota de grandes “discos-volantes”.

Allá abajo quedaba la Tierra como una gigantesca hoz de un suave color verde. De pronto, en el espacio negro comprendido entre los extremos de la hoz, empezaron a chisporrotear múltiples fogonazos de un azul pálido, extrañamente frío y brillante.

—La “Hora Cero” —murmuró el almirante Hidalgo.

Y con los ojos de la imaginación, ya que era imposible verlo desde aquella enorme altura, los pasajeros vieron todas las ciudades del gran continente americano, todos los arsenales del Ejército y de la Armada, todas las instalaciones industriales que se extendían desde el Ártico a la Tierra de Fuego, saltando a la vez en terrorífico estruendo al impulso de las gigantescas fuerzas liberadas por la fisión del átomo.

Ciudades fastuosas, refugios antiatómicos como laberintos, bases y arsenales del Ejército y la Armada, ingentes obras de ingeniería, costosísimas instalaciones fabriles, redes interminables de

ferrocarriles y carreteras, millones de máquinas “robot”, centenares de millones de torpedos autómatas de cabeza de combate atómica, maquinaria costosísima e irremplazable... ¡Todo saltaba en añicos, roto, despedazado, machacado y aventado por las apocalípticas explosiones atómicas!

Durante quince largos minutos la corteza del globo terráqueo vomitó llamas y humo junto con retorcidos restos de máquinas y edificios que volaron a gran distancia y prodigiosa altura. Como una traca gigantesca ardió la hoguera atómica desplazándose caprichosamente de un lado a otro. Hasta que el fantástico castillo de fuegos artificiales empezó a perder su violencia inicial y, lentamente, acabó por extinguirse.

—“Consummátum Est” —murmuró el almirante Hidalgo con acento sombrío—. Todo ha terminado.

Frase ésta que murmurada por centenares de millones de personas resonó en todos los corazones con idéntico clamor de lágrimas.

A la misma hora, los venusinos y marcianos destruían también todo cuanto representaba el fruto de muchos siglos de esfuerzo, de trabajo y de progreso. Las tres flotas de autoplanetas estaban ya en el espacio y volaban, escoltadas por sus respectivas Divisiones Siderales, hacia el punto en que las tres se reunirían para emprender juntas la larga travesía del espacio.

La falúa del almirante Hidalgo alcanzó al autoplaneta “Santa Fe” y se posó en una de las plataformas saledizas laterales para entrar acto seguido en la gigantesca esclusa de admisión, capaz para todo un crucero sideral.

El almirante Hidalgo, que también se había decidido por tomar la ruta de los planetas thorbod, tenía toda su familia en el “Santa Fe”. Se proponía pasar con los suyos los días que la flota tardaría en cruzar la órbita de Plutón, la cual marcaba las fronteras del Reino del sol.

Miguel Ángel también tenía allí a la familia. Y en cuanto a Sofía, se había despedido unos días antes de sus padres y hermanos, los cuales habían optado por dirigirse a Redención.

Miguel Ángel sabía que los familiares de su novia habían tratado de convencerla para que se fuera con ellos. Sofía se negó, pero desde entonces aparecía triste, mustia y pensativa. Se le veía luchar

entre el amor a los suyos y el amor hacia Miguel Ángel. Porque, como ella dijo:

“Era como si todos los seres que amaba se hubieran muerto”.

Después de la separación no volverían a verse nunca jamás.

Al salir de la esclusa estanca los tripulantes de la falúa se vieron en los arrabales de la ciudad-concha. Después de haber visto al silencioso y desierto Wáshington, Santa Fe les pareció una metrópoli bulliciosa llena de animado color.

La ciudad estaba en gran parte deshabitada, pero esto se remediaría en seguida.

Para la travesía del espacio, los gigantescos discos llamados “autoplanetas” se unían en grupos de diez formando una columna de discos superpuestos que avanzaba en bloque compacto obedeciendo a un solo mando. Esto simplificaba en gran manera la tarea de dirigir el rumbo, hacía disminuir las probabilidades de un choque con los aerolitos, evitaba el extravío de algún aparato y permitía que las diez, o doce, o quince ciudades superpuestas pudieran comunicarse directamente entre sí a través de compuertas especiales en los techos y en el fondo del disco.

Lo cual tratándose de un viaje de medio siglo de duración, resultaba altamente ventajoso para la administración del grupo.

Los autoplanetas iban a proceder a la formación de estos grupos y los que iban con destino a la galaxia thorbod, naturalmente, se disponían a unirse también en un solo bloque.

En este momento, el superpoblado autoplaneta marciano pasaría parte de su excedente humano al “Santa Fe” y al “Ascrea”.

En Santa Fe las calles estaban tan despejadas que permitía el tránsito de los automóviles, cosa imposible en todos los demás autoplanetas de la ruta de Redención. Los tripulantes de la falúa se separaron.

—Dígale al señor Aznar que iré a visitarle en cualquier momento que tenga libre —dijo Hidalgo a Miguel Ángel. Y añadió—: En cuanto a usted y la señorita Medina quedan libres de servicio hasta que crucemos la frontera del sol. Creo que se han ganado estos días de vacaciones.

Agradeciéndole a Hidalgo aquella licencia, Sofía Medina y Miguel Ángel Aznar subieron al automóvil que habían requisado para recorrer 7 kilómetros hasta el centro de la ciudad donde

habitaban los Aznar.

Los Aznar, que consideraban ya a Sofía como un miembro más de la familia, acogieron a ésta con grandes demostraciones de afecto. La realidad era que intentaban por todos los medios distraer su atención del recuerdo de los familiares que iban a partir hacia Redención y a los cuales no volvería a ver más. Y, en cierto modo, los Aznar intentaban también demostrar su agradecimiento porque la muchacha les hubiera preferido a sus propios padres.

En Santa Fe, todo el mundo se preparaba a rodearse de las máximas comodidades, tomando plena posesión de aquellas cosas que iban a rodearles y a formar parte de su vida cotidiana por espacio de 50 años o más. El autoplaneta marciano “Orión” se juntó al “Ascrea” y al “Santa Fe”, vertiendo en éstos su excedente humano; las multitudes se repartieron por los edificios que todavía quedaban vacíos y empezó a notarse cierta sensación de sosiego, de descanso de tranquila resignación.

Los doce días que la flota de autoplanetas invirtió en alcanzar las fronteras del Reino del sol transcurrieron rápidamente para Miguel Ángel Aznar. Aunque procuraba no pensar en ello, no podía apartar de sí la honda preocupación que sentía respecto a su propio porvenir. Esta misma preocupación podía leerla también en los rostros de sus padres.

Invariablemente, al hablar de un proyecto para el futuro, seguía un silencio apesadumbrado que muy bien hubiera podido llenarse con la coletilla: “Si es que regresas del combate”.

—Cuando nos casemos —decía Miguel Ángel a Sofía. Y mentalmente añadía—: “Si es que nos casamos”.

Alusión a la muerte que, repetida una y otra vez a lo largo de aquellos días, acabó por irritar al contraalmirante y hacerle desear llegara cuanto antes el inevitable momento de afrontar el peligro.

El momento llegó fatalmente y Miguel Ángel se despidió de los suyos para ir a reunirse con el almirante Hidalgo ante la esclusa de salida.

—Cuídate, Miguel Ángel —dijo la señora Aznar, como si estuviera en la mano de su hijo escapar al destino que Dios le hubiera deparado.

—Vamos —dijo el Almirante Mayor—. Yo os acompañaré hasta la esclusa.

Miguel Ángel estrechó las manos de su cuñado Gerardo y su tío José Luis Balmer y besó a las mujeres.

—Sacudidles fuerte a los pulpos —dijo el general Balmer dando una palmada en la espalda de su sobrino.

La familia, en grupo, acompañó a los dos jóvenes hasta la puerta del ascensor. Se produjo una breve, penosa pausa, mientras esperaban que llegara el ascensor. Al abrirse las puertas, los dos muchachos y el Almirante Mayor entraron en la cabina. Desde allí, Miguel Ángel miró al grupo de seres amados que le contemplaban con ojos arrasados de lágrimas.

—¡Volveré! —aseguró Miguel Ángel con falsa convicción.

Y apretó el botón.

Las puertas se cerraron y el ascensor salió disparado hacia abajo.

Los automóviles, en la ciudad-concha, eran del primero que los encontraba. Cogieron uno que estaba aparcado allí cerca. Los 7 kilómetros de recorrido hasta la esclusa de acceso al autoplaneta los hicieron en completo silencio. Todos parecían deseosos de decir algo, pero a nadie se le ocurría nada.

Ante la esclusa estaba, ya preparada, la lujosa falúa del almirante Hidalgo. El almirante todavía no había llegado.

—Hijo mío —dijo el señor Aznar poniendo una mano sobre el hombro de Miguel Ángel— entre nosotros no caben engaños. Me consta que habrá un tremendo número de bajas en esa batalla que va a comenzar. Con estos endiablados rayos de “luz sólida” no sirven tretas ni tácticas de ninguna clase. Si le cogen a uno le atraviesan y en paz. Sólo quiero que me contestes con franqueza a esta pregunta, ¿tienes algún presentimiento?

—Ninguno de la clase que tú quieres suponer —contestó Miguel Ángel. Y era sincero.

—Entonces volverás, estoy seguro —dijo el Almirante Mayor oprimiendo el hombro de su hijo.

En estos momentos llegó el Almirante Jefe de la Flota Combinada. Hidalgo saltó del automóvil y fue a estrechar vigorosamente la mano de don Miguel Ángel Aznar.

—Hola, don Miguel, ¿cómo va eso?

—Siento la impresión de estar faltando a un deber —contestó el Almirante Mayor Honorario—. Creo que debería tomar parte en esa batalla.

—¿Cree que si no anda usted metido en el jaleo no se resolverán las cosas a nuestro favor, verdad? —preguntó Hidalgo sonriendo—. No se preocupe. La tradición prosigue en la persona de su hijo. Estando Miguel Ángel con nosotros tenemos la victoria segura. Claro que la leyenda dice que debe ser un Aznar quien dirija la batalla para que ésta se resuelva en una victoria, pero ¡en fin! Miguel Ángel estará al menos en el buque Almirante, junto al jefe de la Flota. Le pondremos en el transmisor. Como no podemos utilizar la radio y todas las órdenes habrán de darse por telégrafo luminoso, será prácticamente como si el propio Miguel Ángel dirigiera toda la batalla con el manipulador telegráfico. Así podrá realizarse una vez más la tradición, y la leyenda, podrá decir sin faltar a la verdad que “un Aznar dirigió la batalla que libró a la Humanidad de la amenaza de los Hombres de Titano”.

Miguel Ángel, Sofía y el señor Aznar miraron sorprendidos al almirante. Contrariamente a lo que pudiera parecer, el rostro de Hidalgo aparecía completamente grave. No bromeaba. Hablaba en serio.

—¿Fue por eso por lo que nombró ayudante suyo a Miguel Ángel? —preguntó el señor Aznar con el ceño fruncido.

—¡Oh, no, válgame Dios! —exclamó Hidalgo con acento de absoluta sinceridad—. La batalla estaba muy lejos todavía en aquellos instantes. Debió ser como una intuición... como un presentimiento inspirado por Dios. Se me ocurrió de repente, al ver a Miguel Ángel en aquel pasillo. Y ahora me alegro de haberle encontrado aquel día. Creo que la victoria será nuestra.

—¿Porque yo estaré junto a usted durante el combate? —preguntó Miguel Ángel riendo.

—Por esa razón, entre otras muchas —contestó Hidalgo gravemente.

Siguió una breve pausa.

—Yo tengo absoluta fe en los presentimientos —dijo el señor Aznar—. Si nuestro Almirante en Jefe cree que vamos a ganar esta batalla, no hay por qué preocuparse. La ganaremos.

Y estrechó con fuerza la mano de Hidalgo.

—Adiós, señor Aznar —dijo Sofía Medina mientras Hidalgo se alejaba en dirección a la falúa.

—¿Por qué adiós? —preguntó el señor Aznar—. Tienes que

volver para hacerme abuelo. Vamos, dame un beso.

La muchacha se empinó sobre la punta de los pies y besó al Almirante Mayor en la mejilla. Luego se alejó rápidamente en pos del almirante Hidalgo.

Los dos Aznar se contemplaron un instante en silencio.

—Dame un abrazo —gruñó el Almirante Mayor.

Se abrazaron con fuerza.

—Suerte, hijo mío.

—Gracias, papá. Creo que vamos a necesitarla.

El joven se desasíó, giró sobre sus tacones y se encaminó hacia la falúa.

Entró y se acomodó junto al piloto. Éste apretó un botón en el tablero de instrumentos. La portezuela giró lentamente sobre sus goznes y encajó con seco chasquido.

Se hizo el silencio. Los ruidos de la ciudad no llegaban hasta el interior de la hermética cabina. A través de los cristales Miguel Ángel vio a su padre que hacía señas con la mano. Contestó al saludo de la misma forma. El reactor atómico zumbó y la falúa entró lentamente en el tubo de lanzamiento.

Una sólida compuerta se cerró detrás de la aeronave. Los tripulantes se vieron en el interior de la esclusa, bañados por el suave resplandor rojo que llenaba el interior del tubo. La luz roja cambió a verde y de pronto, con una brusca sacudida, la falúa fue lanzada al espacio con la velocidad de un torpedo.

El paso desde la esclusa a la inmensidad del vacío interestelar fue repentino. Mirando atrás, los astronautas vieron el bloque de los tres grandes autoplanetas que se alejaba rápidamente. La realidad era que ellos se alejaban de los autoplanetas, sumando a la velocidad de éstos el impulso proporcionado por la presión del aire de la esclusa.

El sol, a popa, brillaba en las lóbregas profundidades del espacio como una gran estrella verde. Alrededor de la falúa, los autoplanetas flotaban en el negro espacio, inmóviles al parecer. Más allá de los autoplanetas, el firmamento aparecía tachonado de miríadas de pequeñas y brillantes estrellas de un suave color verde.

Aquel enjambre de estrellas, que como una segunda “Vía Láctea” se extendía de derecha a izquierda cubriendo todo el cielo, era la Armada Sideral Terrícola.

Miguel Ángel Aznar, que jamás había tenido ocasión de ver a todas las Fuerzas Siderales de la Confederación reunidas, quedó de pronto sin aliento, casi aterrado, aplastado por la enorme impresión de aquel fantástico despliegue de fuerzas.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Todo lo que brilla... son aparatos nuestros?

—¡Ajá! —exclamó Hidalgo acercando el rostro a los cristales de las ventanillas—. Tres millones doscientos mil cruceros de línea. Sin contar los buques auxiliares, ni los “discos” transporte del Ejército que también toman parte en la concentración.

—Siempre me había preguntado qué aspecto ofrecerían todas las Fuerzas Siderales de la Confederación de Planetas reunidas. Es muy difícil de imaginar el montón que forman tres millones de buques.

—Pues ahora puede verlo usted. Ahí están concentrados todos los efectivos de nuestra Armada. Esto es lo que se llama “echar el resto”.

Miguel Ángel Aznar contempló admirado el inmenso enjambre de diminutos puntos de luz y exclamó:

—¿Verdad que somos muy fuertes?

El almirante Hidalgo suspiró.

—Estábamos seguros de ser la potencia más fuerte del Universo conocido hasta que llegaron esos malditos pulpos de titanio con sus endiablados rayos de “luz sólida”.

—Yo creo que ellos no tienen tantos buques como nosotros.

—Es posible que no los tengan. Pero sus pequeños aparatos se mueven a una velocidad tremenda y van a resultar muy difíciles de alcanzar. Aunque muy rápida, la luz también invierte su tiempo en ir de un lado a otro. Cuando nuestros artilleros electrónicos divisen al enemigo a cien mil kilómetros de distancia, habrá transcurrido un tercio de segundo desde que el rayo luminoso salió de los aparatos contrarios para llegar hasta el “ojo” de nuestro sistema de puntería “robot”. El mecanismo de nuestros artilleros autómatas, invertirá por lo menos otro tercio de segundo en apuntar y disparar los rayos de “luz sólida”. El rayo “sólido” invertirá otro tercio de segundo en llegar hasta los “Omega” sadritas. Y en un segundo, esos endemoniados aparatos habrán recorrido quizá cincuenta mil kilómetros, estando muy lejos del punto donde se encontraban al ser avistados por nuestros artilleros.

El almirante hizo una pausa, movió la cabeza y repitió:

—Le digo que va a ser muy difícil que les alcancemos con nuestros rayos. ¡Muy difícil!

—Bueno —masculló Miguel Ángel—. También ellos encontrarán dificultades para alcanzarnos a nosotros. Un rayo luminoso no es como un torpedo autómatas, que persigue al blanco dondequiera que vaya. El rayo, una vez lanzado, no puede volver atrás ni desviarse a un lado ni a otro. Nosotros no podremos dar un salto de cincuenta mil kilómetros en un segundo. Pero en ese segundo también habremos estado moviéndonos... Para los efectos, lo mismo da errar el blanco por cincuenta mil kilómetros que por dos metros. ¿No le parece? El caso está en esquivar el rayo sólido, aunque sólo sea por un milímetro.

—Sí, eso es cierto —murmuró Hidalgo. Entornó los ojos, sonrió irónicamente y dijo—: De lo cual se infiere que con todos nuestros formidables dispositivos electrónicos, será la suerte de cada cual quien decida la batalla. Los rayos de “luz sólida” apuntados contra un buque no irán a pegar en el sitio a donde iban dirigidos, sino donde el azar los lleve. ¿Curioso, verdad?

—Yo diría más bien trágico —contestó Miguel Ángel—. Para lanzar rayos a diestra y siniestra, no hacía falta que nuestros buques fueran tripulados por personas. Con mandar a los pilotos “robots” por radio bastaba y no exponíamos vidas humanas.

—¡Oh, claro! —exclamó Hidalgo—. Pero usted olvida que con esta fastidiosa erupción solar no hay manera de utilizar la radio para impartir órdenes a las tripulaciones “robot” de nuestra Armada. Si hubiéramos podido prever que las comunicaciones radiotelefónicas quedarían interrumpidas, habríamos dotado a nuestros buques de algún dispositivo para que los “robots” obedecieran a los impulsos del telégrafo luminoso, igual que responden a las órdenes dadas de viva voz. Aunque calculo que, de todas formas, la medida hubiera resultado poco menos que inútil. Nuestra Armada siempre ha tenido pilotos “robot”. Y sin embargo, los hombres de carne y hueso han participado a bordo de nuestros buques en todas las grandes batallas. Y esto, no sólo porque todavía hay infinidad de cosas que los “robot” no pueden hacer por sí mismos, sino porque el Hombre se sentiría inferior a las máquinas que ha construido, si éstas decidieran las batallas sin necesidad de

eso que llamamos “valor”.

Miguel Ángel Aznar asintió en silencio. Conocía la irrefutable verdad de cuanto decía el almirante Hidalgo. La criatura humana, realmente había llegado a construir máquinas de una perfección maravillosa, capaces por sí solas de resolver una complicada batalla sideral con la fría y meticulosa perfección de una máquina calculadora. Pero si el Hombre hubiera entregado a los “robots” la decisión suprema de su propio destino, ¿qué hubiera quedado entonces de la humana vanidad?

No. El Hombre se resistía a convertirse en una pobre bestezuela, dedicada afanosamente a la construcción de máquinas que pensaran, lucharan... y vivieran por él. El Hombre, encaramado sobre una pirámide de máquinas, insistía en ser el rey de su propia creación, la criatura más perfecta, la dueña de cuanto le rodeaba y le rendía vasallaje.

Y, al fin y al cabo, también tenía su poquito de sentimentalismo.

Al Hombre, incluso en esta avanzada Era Trasatómica, le gustaba resolver sus propios asuntos... a su manera.

—Miren, ahí está nuestro buque —señaló el piloto.

Miguel Ángel, surgiendo bruscamente de su abstracción, miró a través de la cubierta transparente de la cabina.

Un esbelto crucero de la Armada Sideral Terrícola se acercaba por babor haciendo pestañear su reflector de señales. En sus costados lucía, pintadas sobre fondo negro, cuatro enormes estrellas de cuatro puntas. Ésta era la insignia del buque almirante de la Flota.

Breves minutos más tarde, la falúa se situaba bajo el casco del crucero y, ascendiendo lentamente, iba a alojarse en un hueco apropiado a su tamaño. Debajo de la falúa se cerraron las dos hojas de una férrea compuerta. Una luz roja brilló mientras en la cámara se inyectaba aire a presión.

Cuando la luz verde sustituyó a la roja, los tripulantes de la falúa se encontraban propiamente a bordo del buque almirante.

CAPÍTULO VI

Llamó a su armada sideral desde los Planetas Confederados de Mercurio que le alejaba lentamente de la flota de autoplanetas.

A bordo de los buques, y pese al campo magnético creado artificialmente bajo los pisos, se hacía sentir moleestamente el brutal tirón de las fuerzas “G”, o gravitatorias.

Lo primero que hicieron el almirante Hidalgo y sus ayudantes al pisar las planchas del “Olimpia” fue embutirse en las sólidas armaduras de cristal que constituían el traje obligatorio de los astronautas de la Armada Sideral. Este traje, que perfilaba los contornos del cuerpo humano, estaba formado de varias piezas de cristal inastillable que se unían entre sí para formar un hermético envoltorio.

Las armaduras llamadas “de vacío” tenían dobles paredes de vidrio en el tronco y en este hueco oxígeno a presión que el astronauta utilizaba después de haberse calado una escafandra, también de vidrio azul oscuro, con el frente de cristal transparente susceptible de ser polarizado.

El traje era obligatorio a bordo de todos los buques de la Armada porque en caso de producirse una grieta o agujero en el casco de la nave, sobrevenía lo que se llamaba “descompresión explosiva”; lo cual quería decir que todo el aire contenido a presión dentro del buque se lanzaba hacia la brecha y escapaba al vacío interestelar como en una explosión.

Los astronautas solían andar por el buque con el traje puesto y en caso de peligro inmediato se calaban rápidamente las escafandras.

Con las escafandras puestas, los astronautas tenían que utilizar un micrófono, un diminuto amplificador y un tornavoz exterior para hacerse oír de los demás. Y para escuchar lo que decían los demás,

el astronauta utilizaba un sistema invertido de micrófono exterior y altavoz dentro de su escafandra.

Pero si sobrevenía la temida avería y todo el aire de la cabina escapaba fuera, entonces el hombre de la armadura no podía hablar ni escuchar por este sistema, ya que el sonido no se transmitía en una cabina donde no hubiera una atmósfera. Lo que hacía entonces el astronauta era utilizar el aparato de radio de que iba equipado, lo cual siempre daba lugar a confusiones, porque cada uno podía oír lo que hablaban todos a la vez.

Para consultas y conversaciones particulares, sin embargo, al hombre de la armadura le quedaba el recurso de enchufar un hilo telefónico al circuito de un compañero, y entonces hablaban los dos sin que escucharan los demás.

El comandante del buque, por último, podía enchufar su teléfono al circuito que corría toda la nave y sustituir así a la radio, si ésta se estropeaba.

Durante 96 horas seguidas —sería superfluo hablar de “días” en pleno espacio, donde no existía diferencia alguna entre el día y la noche— Miguel Ángel Aznar y Sofía Medina, así como el resto de los 30 millones de astronautas que tripulaban los buques de la Armada Sideral de los Planetas Confederados, vivieron, comieron y durmieron dentro de estas incómodas armaduras mientras cruzaban el espacio rumbo a Urano.

Aunque había muy poco que hacer a bordo, este tiempo no resultó ni mucho menos aburrido. El almirante Hidalgo había despachado patrullas exploradoras por delante y a bordo de los buques se vivía en constante estado de alarma.

Delante de la Flota Combinada huían hacia Urano como corzos perseguidos por una jauría gran número de aparatos “Omega” del enemigo que habían estado siguiendo y vigilando los movimientos de la flota de autoplanetas terrícolas.

Los navíos terrícolas jamás pudieron dar alcance a las diminutas “herraduras volantes” de los sadritas, porque éstas iban impulsadas por chorros de “luz sólida” y desarrollaban velocidades fantásticas con un tiempo mínimo para la aceleración.

El organismo humano hubiera quedado despedazado con aquellas aceleraciones bruscas. Los pulpos, sin embargo, las toleraban perfectamente.

—En estos momentos —comentó un oficial del buque almirante — los pulpos se habrán enterado que vamos por ellos y estarán saliendo de sus madrigueras para embutirse en sus armaduras de “hombre”.

Porque los sadritas, efectivamente, tripulaban sólidas máquinas “robot” con las cuales podían remedar los movimientos de la criatura humana de la Tierra. Y a los miembros de la Armada Sideral les gustaba imaginar a los “pulpos” llevándose un susto morrocotudo al saber que los Hombres, lejos de marcharse resignadamente de sus inhabitables planetas, volvían atrás con el propósito de “ajustar cuentas”.

Mientras la Flota Combinada volaba hacia Urano, el almirante Hidalgo impartía por telégrafo luminoso las últimas instrucciones. En el mismo buque viajaba también el almirante Fletcher, con el título de jefe de la Armada Aliada. Miguel Ángel Aznar hizo prácticas con los teletipos.

No era muy difícil emitir o recibir telegramas por aquel sistema. Miguel Ángel tomaba asiento ante un aparato que era como una máquina de escribir. Según el almirante Jefe le dictaba, Miguel Ángel escribía rápidamente pulsando teclas. En el carro, sobre un rollo de papel, iban formándose las palabras como en una máquina de escribir corriente. Un “cerebro electrónico” traducía automáticamente las letras a los puntos y rayas correspondientes del alfabeto Morse, y el sistema de reflectores del buque los lanzaba en forma de guiños luminosos al espacio.

Para la recepción, el mismo “cerebro electrónico” traducía a letras los guiños luminosos y movía las teclas de la máquina, dejando escrito en el papel el mensaje ya traducido.

Todo esto con la rapidez del relámpago.

Al acercarse la Flota a Urano y adoptar la formación de combate, Miguel Ángel Aznar se aseguró que todas las piezas de su armadura encajaban herméticamente y fue a tomar asiento ante el teletipo. En el suelo, al alcance de la mano, depositó su escafandra lista para endosársela en cualquier momento.

Para dirigir la batalla iban a utilizarse dos teletipos. Miguel Ángel se encargaría del transmisor. Sofía Medina cuidaría del receptor. Su trabajo se limitaba a leer las comunicaciones en voz alta.

Sofía estaba ya en su sitio cuando el almirante Hidalgo y el almirante Fletcher se situaron en el centro de la cámara, frente a una mesa redonda sobre la que se proyectaban las imágenes captadas por el potente periscopio electrónico de que iban equipados todos los buques de la Armada.

El teletipo receptor empezó a teclear rápidamente. Sofía leyó en voz alta, aguda y clara:

—“Del almirante Morgan, en descubierta, al Almirante Jefe. Gran fuerza sideral enemiga avistada alrededores Urano. Calculamos ochocientos mil... ¡Atención! Fuerza enemigo sale disparada a nuestro encuentro. Terrible velocidad inicial. Imposible huir o detener el golpe. Hace jugar rayos “luz sólida”. Abrimos fuego”.

Hidalgo y Fletcher se inclinaron ansiosamente sobre la mesa-pantalla.

—No podrán esquivar esa avalancha —murmuró Hidalgo entre dientes. Y preguntó a Sofía—: ¿Qué más?

—Aquí dice: “No se arredre ante estos bichejos asquerosos, Hidalgo. Le saludo con un abrazo. No tuvimos suerte”.

—¿Qué más? —gritó Hidalgo.

—Nada más, señor —contestó la muchacha.

Y Fletcher dijo:

—Mire, ya se ven los fogonazos de nuestros buques exploradores al hacer explosión.

—Maldita sea —rugió Hidalgo. Y gritó—: ¡Transmita, Miguel Ángel! ¡Zafarrancho de combate!

Miguel Ángel se inclinó sobre el teletipo y escribió rápidamente: “Almirante Jefe a Flota. Zafarrancho de combate”.

En el propio buque almirante resonó con estruendo el rugido del claxon. Fieles a las ordenanzas, todos cuantos se encontraban en la cámara de derrota se ajustaron las escafandras y abrieron la espita del oxígeno. El oficial copiloto, apretó un botón del tablero de instrumentos. La recia puerta de la cámara se cerró con seco chasquido, al mismo tiempo que las puertas de todos los compartimientos estancos del buque.

El comandante del buque, que ostentaba el grado de capitán de navío y estaba de pie tras el sillón de los pilotos, tomó un micrófono y preguntó a través del tornavoz de su escafandra:

—¿Listos a bordo?

—¡Listos a proa! —contestó un altavoz.

—¡Listos a popa!

—¡Listos en el compartimiento de botes!

—¡Listos en sala de máquinas!

—¡Listos los tubos de lanzar!

La última voz parecía algo anacrónico en la nueva técnica de lucha implantada por los rayos “luz sólida”. Los torpedos habían sido fácil presa para aquellos rayos una vez, y no existía la menor probabilidad de que sobrevivieran a las profundas reformas de la táctica implantada por el uso de la “luz sólida” como arma ofensiva. Pero las reformas en la Armada Terrícola, se habían limitado a montar proyectores de “luz sólida” en sustitución de los antiguos Rayos Zeta, que desintegraban todos los metales conocidos a excepción de la “dedona”.

Los cruceros todavía conservaban sus tubos lanzatorpedos, e incluso llevaban a bordo su dotación habitual de torpedos “robot” reducidos, aunque nadie sabía para qué pudieran aprovechar de ahora en adelante.

—Fíjese en eso —dijo el almirante Fletcher señalando la superficie de la mesa-pantalla—. El enemigo sigue virando. Va a desaparecer tras el globo de Urano.

—Probablemente salieron también por detrás de Urano sin dar tiempo a Morgan para retroceder. Transmita esto, Miguel Ángel; Almirante a Flota. Manténgase rumbo a Urano acortando la marcha dos “G”.

Miguel Ángel tecleó en el teletipo con sus dedos enfundados en guantes de cristal plástico.

—Agárrense bien. Proa arriba, noventa grados. Frenos de fondo a dos “G” —ordenó el comandante del buque.

El piloto accionó los mandos y la tripulación experimentó un súbito aumento de peso. Las posaderas de Miguel Ángel soportaban en aquel instante una presión doble del peso habitual del cuerpo.

La Flota Combinada ya no “iba” hacia Urano sino que “descendía”, sobre el gigantesco planeta teniendo a este bajo las plantas de sus tripulantes.

—Comunique, Miguel Ángel —ordenó Hidalgo—. Almirante a alas derecha e izquierda. No pierdan de vista los satélites de Urano.

De allí puede venir alguna sorpresa desagradable.

Miguel Ángel transmitió rápidamente el despacho. Terminó y se echó atrás en su asiento. Casi inmediatamente, empezó a teclear el teletipo receptor. Sofía Medina leyó en voz alta a través de su micrófono:

—“Almirante Kennedy a Almirante Jefe. Entendido. Miramos a Titania sin pestañear”. “Almirante Bandini a Almirante Jefe. Entendido”.

Respuesta que sirvió para comprobar la rapidez y eficacia con que funcionaba el sistema telegráfico de transmisiones.

Por espacio de media hora más, los astronautas siguieron sintiendo aquella molesta sensación de pesadez. La Flota descendía sobre el planeta Urano, el cual se mostraba en cuarto menguante.

—Malo —refunfuñó Hidalgo—. No me gusta nada esta táctica de los sadritas. Para pulpos son demasiado astutos. Quieren que vayamos a buscarles a su guarida.

—Y bien —contestó Fletcher—. ¿Qué piensa usted hacer? Nos estamos aproximando mucho a Urano.

Hidalgo reflexionó unos momentos y dijo:

—Si damos la vuelta al planeta por un lado, ellos nos saldrán por el otro atacando por la espalda. Si intentamos cubrir todo el globo, dispersaremos mucho nuestras fuerzas. Vamos a partir la Flota en dos grupos y rodearemos Urano a la vez, por la derecha y la izquierda, manteniéndonos a bastante altura para que no nos alcancen protegidos por la capa de vapores que envuelve al planeta.

—Señor —apuntó Miguel Ángel—. Si mandamos un grupo por la derecha y otro por la izquierda, forzosamente llegará un momento en que la masa de Urano se interponga entre las dos fuerzas y perdamos el contacto.

—¡Cómo! —gritó Fletcher indignado—. ¿Se atreve a corregir a un superior... a un almirante en Jefe de la Flota Combinada?

—No corrijo, señor —repuso Miguel Ángel sintiéndose enrojecer—. Sólo me permito recordar al almirante que nuestro actual sistema de comunicaciones es puramente visual.

Fletcher iba a decir algo muy fuerte, pero Hidalgo, le atajó con un seco ademán y dijo:

—El contraalmirante Aznar está en lo cierto. Había olvidado que no podemos transmitir órdenes a través de un cuerpo opaco.

Prepárese a transmitir este despacho, Miguel Ángel. “Almirante Jefe a almirante Kennedy. A la recepción tomará División Venusina virando noventa grados a estribor para rodear a Urano a distancia cuatrocientos mil kilómetros”.

—Y este otro.

Hidalgo se interrumpió al ver que Miguel Ángel no escribía.

—¿Qué le ocurre? ¿No me oye usted? ¡Oh, no se preocupe! —Hidalgo sonrió tras el cristal de su escafandra—. Formaremos un tercer grupo con la División Marciana, y nosotros nos dirigiremos con ella hacia el Polo de Urano. Desde el Polo podremos ver a las dos divisiones que contornearán al globo por el Ecuador. Transmita lo que le he dictado.

Mordiéndose los labios con fuerza, Miguel Ángel Aznar se inclinó sobre el teletipo y empezó a escribir. Sólo el respeto a las ordenanzas militares y la seguridad de que acabaría por irritar a Hidalgo, le impidieron decir lo que pensaba.

Lo que Miguel Ángel Aznar pensaba era que, peor que la división de la fuerza en dos grupos, resultaría la participación de la Flota en tres divisiones siderales. Ciertamente, el contacto no se perdería según el nuevo plan, pero las tres fuerzas quedarían demasiado separadas entre sí para auxiliarse mutuamente con la necesaria rapidez.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sofía en voz baja acercando su escafandra a la de su novio—. ¿Te has propuesto ser tú quien dirija la batalla?

—¡Señorita Medina! —bramó el almirante Fletcher—. Deje en paz al contraalmirante. Esto es más serio de lo que ustedes creen. ¡Estamos dirigiendo toda una batalla sideral!

Sofía se apartó sin rechistar. Miguel Ángel transmitió los tres mensajes; uno para Kennedy, jefe de la División Venusina. Otro para Morgan, jefe de la División Terrícola. Y otro para la División Marciana y los buques de desembarco del Ejército, que deberían acompañar al buque almirante sobre el casquete polar de Urano.

Cumplimentando estas órdenes se llevó a cabo la división de la Flota Combinada en tres fuerzas que tomaron tres rumbos distintos.

—Ahora obligaremos a la fiera a salir de su cubil —manifestó Fletcher con satisfacción.

Pero Hidalgo, que había ordenado la maniobra, no parecía en

verdad muy satisfecho de sí mismo. Quizá tuviera en aquel momento un presentimiento. Quizá pensara, arrepentido, que acababa de cometer un tremendo error. Pero si lo pensó no rectificó, pues una contraorden en aquellos instantes hubiera puesto de manifiesto su inseguridad y habría hecho dudar a toda la Flota Combinada de su competencia para dirigir tan importante batalla.

Y este fue el segundo error que cometió el almirante Hidalgo; un error que jamás hubieran cometido las máquinas “robot” con su falta absoluta de “humana vanidad”.

La División Venusina, que estaba rodeando a Urano por la línea del Ecuador hacia el Este, se vio de súbito atacada por una fuerza de ochocientos mil pequeños aparatos “Omega” que, surgiendo de la envoltura gaseosa de Urano como centellas, irrumpieron en el negro espacio barriendo por delante con sus rápidos haces de “luz sólida”.

Los venusinos se encontraban a cuatrocientos mil kilómetros de distancia de Urano, fuera del alcance eficaz de los dardos luminosos perforantes. Pero los “Omega”, que subían sobre amarillos chorros de “luz sólida”, salvaron la mitad de aquella distancia en cinco minutos. Y dos minutos después, antes que la División Venusina pudiera ejecutar ninguna maniobra, sus diabólicos rayos estaban destrozando buques a diestra y siniestra.

Mientras tanto, una fuerza más pequeña de doscientos mil aparatos “Omega” surgía de la densa capa de vapores que enmarcaba la faz de Urano, y se lanzaba valientemente al ataque contra la División Marciana y el Cuerpo Expedicionario del Ejército, formado por tres millares de “discos volantes” repletos de tropas “robot” y de blindados.

—¡Maldición! —bramó Hidalgo pegando un salto—. ¡Fuego... no dejen de disparar esos malditos rayos de “luz sólida”!

Aunque la advertencia parecía innecesaria, Migue Ángel se inclinó sobre el teletipo y transmitió la orden correspondiente. Por su cuenta y riesgo añadió: “¡Muévanse! No se estén quietos un momento”.

Y tanto la División Venusina como la propia División Marciana de la que el buque almirante formaba parte ahora, se entregaron a un activo baile en el que los cruceros saltaban bruscamente hacia arriba, se hundían vertiginosamente hacia abajo, o salían

disparados hacia la derecha o la izquierda.

No pudiendo permanecer inactivo en su asiento y sin ver lo que ocurría, Miguel Ángel saltó de la silla y corrió hasta el centro de la cámara de derrota. En la pantalla circular de la mesa vio venir a los “Omega” como una banda de enloquecidos cohetes. Las “herraduras volantes” se movían a derecha e izquierda, zigzagueando con increíble agilidad mientras de sus proas salían haces de luz amarilla brillante.

Todo el cielo estaba cruzado por las barras luminosas e inquietas de los proyectores. Algunos “Omega”, alcanzados por puro azar, se desintegraban en medio de enceguecedoras llamaradas atómicas. El resto seguía avanzando... avanzando... deslizándose milagrosamente entre los dardos luminosos de los proyectores marcianos, chocando a veces unos con otros, pero siempre avanzando, avanzando...

Como un peine a través de otro peine, así pasaron los “Omega” a través de las líneas marcianas. Algunos centenares de “Omegas” entraron en colisión con los cruceros que torpemente salían al encuentro. La mayor parte se deslizaron como relámpagos por entre los buques de la División Marciana.

Y los grandes y pesados “discos volantes” que estaban a retaguardia atrajeron con sus voluminosas masas la atención de los artilleros electrónicos sadritas.

Los penetrantes dardos de “luz sólida” atravesaron centenares de veces los cascos de “dedona” de los transportes del Ejército.

En aquellos tres mil grandes “discos” iba encerrado el Ejército Robot más numeroso y potente que pudiera soñar genio militar alguno. Un Ejército compuesto de millones de “hombres” robot, de blindados que tenían la forma de esferas, de plataformas volantes que eran baterías completas de cañones atómicos... todo reducido a tamaño miniatura, cuidadosamente clasificado y encerrado en herméticas cajas de cristal, mantenido en su equilibrado estado de “compresión” por unas sirenas diminutas que funcionaban dentro de las mismas cajas.

Y ocurrió que los rayos perforantes de “luz sólida”, atravesando el casco de los buques y el cristal de las cajas, pusieron en repentina libertad al diminuto ejército que, hinchándose monstruosamente, rompió otras cajas originando una especie de “reacción

encadenada” que metamorfoseó en unos segundos toda la carga e hizo estallar en mil pedazos el buque transporte que había quedado estrecho.

Toda la preciosa carga de los “discos volantes” saltó en una explosión y se desparramó por el espacio lanzando furiosos chisporroteos. Y como en el vacío interestelar no existía nada que detuviera el impulso de cualquier objeto, todas las máquinas conservaron su velocidad inicial y empezaron a alejarse del lugar de la explosión; unas para ser atraídas por Urano y precipitarse sobre éste; la mayoría adentrándose en las insondables profundidades del espacio emprendiendo una carrera que no terminaría jamás.

Muchos “discos volantes” estallaron por haber sido tocados en sus máquinas atómicas. La explosión liberó el cargamento, que también explotó, y las fabulosas cantidades de munición atómica de las máquinas bélicas estallaron a su vez lanzando millones de máquinas destrozadas en todas direcciones como proyectiles.

En un abrir y cerrar de ojos, la flota de transportes del ejército quedó aniquilada. Los “Omega”, ciertamente, no resultaron indemnes. Una gran cantidad de ellos chocaron contra el material desparramado, entre el que había millones y millones de proyectiles de carga atómica que hicieron explosión despedazando a las meteóricas “herraduras volantes”.

El almirante Fletcher, que había hecho girar el periscopio para seguir el paso de los veloces “Omegas”, empujó violentamente a Miguel Ángel gritándole:

—¿Qué hace usted aquí? ¡Vuelva a su puesto!

Miguel Ángel miró a Hidalgo. A través del cristal de la escafandra el rostro del almirante aparecía mortalmente pálido.

—Vuelva a su puesto, Miguel Ángel —ordenó serenamente—. Tiene que transmitir un...

—¡Atención! —gritó el comandante del buque, que estaba mirando a la pantalla de televisión por encima del hombro del piloto—. ¡Ahí llega otra oleada de esos malditos “Omega”! Muévanse, muchachos... no se estén quietos un segundo.

El crucero, en efecto, empezó a saltar y a cabecear violentamente de un lado a otro. Miguel Ángel retrocedió en busca de su asiento, pero los violentos movimientos del buque le hicieron perder el equilibrio y cayó.

Cuando estaba en el suelo escuchó una ahogada explosión acompañada de una extraña vibración metálica. Algo muy rápido y brillante cruzó la cabina como una exhalación. Miguel Ángel levantó la cabeza a tiempo para ver cómo el almirante Hidalgo, que estaba asido a una de las barras de acero que iban del piso al techo caía hacia atrás con un tremendo agujero, horriblemente redondo, sobre el peto de su brillante armadura de cristal.

El repentino silencio advirtió a Miguel Ángel lo que acababa de ocurrir. En efecto, mirando al mamparo de popa vio allí, a la altura del pecho de un hombre, tres redondos agujeros separados un palmo entre sí. Eran tres impactos de “luz sólida”. Los tres rayos habían entrado por la proa y salieron por la popa después de haber cruzado uno tras otro todos los compartimientos estancos y el casco de “dedona” del buque.

Al entrar en la cámara de derrota por encima de las cabezas de los pilotos habían destrozado algunas esferas indicadoras y mordido el borde superior de la pantalla de televisión.

Deslizándose a gatas Miguel Ángel llegó donde yacía Hidalgo. El comandante del buque y el almirante Fletcher se inclinaron también. No tuvieron que esforzarse mucho para comprender que Hidalgo estaba completamente muerto. El rayo que le alcanzó le había atravesado de parte a parte el pecho llevándosele el corazón.

Fletcher se irguió tambaleándose. Y Miguel Ángel, que había llegado a estimar verdaderamente a Hidalgo, también se incorporó asiéndose a una de las barras de acero.

Fletcher, que estaba atrozmente pálido, movió los labios como si hablara. Hablaba en realidad, pero su voz no podía oírse. Todo el aire contenido a presión en la cabina había escapado por los agujeros. El vacío absoluto sustituía al oxígeno.

Miguel Ángel conectó su aparato de radio y todos los demás le imitaron. Mezclados con grandes ruidos, producidos por la erupción solar, escuchó muy lejanas unas voces que no pudo entender.

Fletcher le señaló su puesto y conectó el hilo de su teléfono al circuito general del buque. Miguel Ángel volvió a su silla y enchufó su clavija al circuito general. Inmediatamente escuchó claramente la excitada voz de Fletcher que decía:

—¿Me oye usted, Aznar? ¿Funciona el circuito?

—Gracias a Dios sigue funcionando.

—Mande este mensaje general a toda la flota... Em... nos retiramos. Que rompan filas y que cada cual trate de escapar como pueda.

—¿No estará usted hablando en serio, verdad? —gritó Miguel Ángel.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —chilló Fletcher. Venga aquí y mire en la pantalla. La División Venusina ha sido diezmada... esos malditos “Omegas” vuelven al ataque. ¡Nos aniquilarán a todos si no escapamos a tiempo!

—¡No intentaremos escapar!

—¿Qué dice usted? ¡Maldita sea! ¿Quién da las órdenes aquí? Yo soy ahora el almirante en Jefe. ¡Haga lo que le ordeno!

—No podemos escapar —insistió Miguel Ángel—. Los “Omega” son mucho más rápidos que nosotros. Si nos lanzamos a la desbandada nos alcanzarán en un momento dándonos caza uno a uno. Todavía somos superiores en número. Podemos ganar esta batalla si no nos dejamos avasallar por el miedo y...

—¡Cállese, maldito entrometido! —bramó Fletcher blandiendo su puño amenazador desde el centro de la cabina—. Será juzgado usted sumárisimamente por rebelde. Escuche esto, Aznar. Le doy tres segundos de tiempo para que expida ese mensaje o...

Sin contestar palabra, Miguel Ángel le volvió la espalda y empezó a escribir rápidamente en el teletipo:

“Almirante en Jefe a División Venusina; pasen sobre Urano y vengan a reunirse con División Marciana a toda velocidad. No tienen mucho tiempo para salvar la piel, así que ¡aprieten aunque revienten!”

Y a continuación escribió:

“Almirante en Jefe a División Terrícola; el enemigo, probablemente, irá ahora contra ustedes. Déjenle acercarse sin volverle la espalda. Cuando los instrumentos anuncien que los “Omega” están a cuatrocientos mil kilómetros es que seguramente el enemigo está a la mitad de la distancia. Larguen entonces por todos sus tubos lanzatorpedos y salten para arriba disparando con todos sus proyectores de rayos. No lo olviden: ¡lancen con todos sus tubos!”

En este momento, una mano enguantada de vidrio pasó sobre el hombro de Miguel Ángel y, de un tirón, arrancó el papel

mecanografiado del carro. Era Fletcher, el cual leyó con ojos desorbitados los dos últimos mensajes y exclamó:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¡Diga! ¿Se ha vuelto loco?

—Usted es quien ha perdido el juicio, almirante Fletcher. El miedo le ha acogotado. No le censuro. Yo también tengo miedo ¡pero me queda mi instinto de conservación! Así que deje hacer y vaya a sentarse tranquilamente en un rincón.

A través del transparente de la escafandra el rostro de Fletcher aparecía lívido.

—¡Un arma! —rugió dando grotescos manotazos en el aire—. ¡Denme una pistola para que le salte la tapa de los sesos a este rebelde!

Miguel Ángel alargó la mano y, de un tirón, arrancó el hilo telefónico que el almirante tenía enchufado a la línea general del buque. Ya no se oyó a Fletcher. Éste, víctima de un ataque apopléjico, empezó a toser ahogadamente y se dejó caer en el suelo, yendo a apoyar las espaldas en un mamparo.

El joven contraalmirante fue al centro de la cámara. Allí, el comandante del buque le interpeló:

—Señor Aznar. No sé, ciertamente, si debo consentir que haga usted lo que está haciendo. El almirante Fletcher es ahora el jefe supremo de la Flota Combinada.

—Mire a Fletcher —señaló Miguel Ángel al hombre que tosía en el piso—. ¿Cree que se encuentra en condiciones de dirigir los movimientos de la Flota?

—Aun así, hay infinidad de almirantes que están por encima de usted. Creo que debo informarles de cuanto ocurre.

Miguel Ángel se plantó de un salto delante del comandante.

—Mire, capitán —dijo poniéndole el índice sobre el peto de la armadura—. Deje las cosas como están. Ya he dado órdenes a la Flota. Si todo sale bien ganamos la batalla y todos nos agradecerán que le arrebatáramos el mando a Fletcher. Si la cosa sale mal seremos completamente aniquilados; usted, yo y todos cuantos formamos la flota. Y en tal caso tampoco hay por qué preocuparnos.

—Me pone usted en un aprieto.

—Todos estamos ahora en el mismo aprieto. Hágame caso; no toque las cosas de como están.

El comandante dudó unos instantes. Luego se encogió de

hombros y regresó junto a los pilotos.

Sofía Medina se reunió con Miguel Ángel ante la mesa-pantalla.

—¡Buena la has armado! —dijo después de enchufar su hilo a la armadura del joven—. ¿Qué puede salir de todo esto?

—No hay tiempo para pensarlo. Mira, el enemigo se vuelve contra la División Terrícola. ¡Ahora recibirán lo suyo!

En efecto, la fuerza casi intacta de los ochocientos mil “Omegas”, después de haber dejado diezmada y medio dispersa a la División Venusina, había pasado por encima de ésta y descrito un bello arco de estelas fosforescentes para ir a acometer de flanco a la División Terrícola, que estaba al lado opuesto de Urano.

Las distancias se acortaron vertiginosamente, y parecía irremediable que la escuadra terrícola fuera a correr la misma suerte que la División Venusina cuando el espacio se llenó súbitamente del azuloso chisporrotear de miríadas de torpedos autómatas de modelo reducido, los cuales alcanzaron su talla en un segundo y se pusieron en marcha avanzando como una jauría de perros furiosos al encuentro de la escuadra sadrita.

Los torpedos atrajeron la inmediata atención de los proyectores sadritas. Éstos, blandiendo vertiginosamente sus dardos amarillos, los iban haciendo estallar casi con la misma rapidez que los torpedos se metamorfoseaban en el espacio.

De pronto, la División Terrícola asomó por encima de sus propios torpedos lanzando una densa cortina de flagelantes rayos amarillos. Los pilotos sadritas, deslumbrados por el enceguecedor chisporroteo de los torpedos atómicos que estallaban, no podían ver al enemigo. Y sus proyectores, por otra parte, estaban en aquel instante muy entretenidos en contener y aniquilar torpedos...

La hecatombe fue instantánea. Apenas si duró más de dos segundos. La cortina de rayos terrícolas barrió literalmente las líneas de la escuadra sadrita repitiendo con ésta lo que ella había estado haciendo con los torpedos. El espacio, en una gran extensión, quedó cubierto del silencioso pestañear de las explosiones atómicas.

Cuando los ojos deslumbrados de los terrícolas escudaron las profundas tinieblas que siguieron a la intensa luz de la hoguera atómica, sólo alcanzaron a ver unos cuantos “Omegas” que escapaban a toda prisa y los restos dispersos de la escuadra sadrita aniquilada.

—¡Tuvo éxito! —gritó Miguel Ángel—. ¡Les hemos destrozado!

Y el comandante del buque contestó:

—No a todos. Ahí regresan, juntas, las dos bandas que nos peinaron antes.

El joven contraalmirante miró a la mesa-pantalla viendo que, en efecto, unos cuatrocientos mil aparatos “Omega” volvían sobre la División Marciana.

Venían a mucha menos velocidad que antes, con la evidente intención de acabar en esta “pasada” con los seiscientos mil buques marcianos sobrevivientes.

—¡Qué imbécil he sido! —gritó Miguel Ángel abalanzándose hacia el teletipo, maldiciendo interiormente por no haber advertido también a la División Marciana que lanzara sus torpedos para que sirvieran de carnada a los rayos enemigos.

Y empezó a teclear furiosamente, aunque le constaba que era tarde para dar la orden y ser obedecido.

Pero lo que Miguel Ángel Aznar no previó ya estaba previsto por la suerte. Con el sistema telegráfico luminoso ocurría que todos los buques recibían el mensaje transmitido por el buque almirante, aunque no fuera destinado a ellos.

La División Marciana, que rodeaba al buque almirante, había captado, naturalmente, todas las órdenes transmitidas desde el “Olimpia”. Su almirante jefe, así como todos los comandantes del buque, se habían enterado de las instrucciones destinadas a la División Terrícola. Y como acababan de ver el magnífico resultado... ¡optaron por lanzar con todos sus tubos lanzatorpedos!

—¡Ven aquí, Miguel Ángel! —gritó Sofía Medina.

El joven abandonó el teletipo y corrió hasta la mesa-pantalla. Sólo llegó a tiempo de ver el cegador fogonazo de los aparatos “Omega” que saltaban en pedazos bajo los espesos rayos de la División Marciana.

—¡Vaya! —murmuró el joven echándose a reír nerviosamente—. Pronto han aprendido la lección. Ahora ya podemos devolverle el mando al almirante Fletcher.

Pero Fletcher no estaba en condiciones de hacerse cargo de la Flota Combinada. Miguel Ángel telegrafió:

“Almirante Hidalgo muerto en combate. Almirante Fletcher, enfermo, incapacitado para tomar mando. Decidan los señores

almirantes”.

Y transcurrió buen rato antes que el teletipo receptor empezara a teclear. Sofía Medina deletreó:

“Almirante Morgan a almirante Bandini; en lo que a mí respecta, considero que usted persona más capacitada para ejercer mando”.

Telegrama que inició un acalorado debate telegráfico en el que cada almirante proponía a otro para que sustituyera al jefe de la Flota Combinada.

Al cabo de una hora de leer telegramas y más telegramas Miguel Ángel se encaminó al rincón donde estaba Fletcher, silencioso y avergonzado. Un soldado le había reparado el hilo desconectado por Miguel Ángel. Éste enchufó su clavija a la armadura de Fletcher y dijo:

—Mire, almirante. Puesto que ya se ha tranquilizado usted ¿por qué no se anuncia dispuesto a tomar el mando? De lo contrario vamos a pasarnos un año aquí sin decidir quién va a sustituirle.

—¿Cree usted que debo hacerlo, después de lo que ha pasado? —preguntó Fletcher sorprendido.

—¿Pues qué ha pasado aquí? Usted se indispuso, eso es todo. Le impresionó tremendamente ver muerto a su amigo, el almirante Hidalgo.

—Ciertamente, me impresionó mucho —dijo Fletcher—. Pero suponiendo que tomara el mando ¿qué iba a mandar? Nuestras fuerzas de desembarco fueron completamente destruidas. ¿Debemos atacar a los sadritas de Urano solamente con los efectivos de la Armada?

—No creo que merezca la pena hacerlo. Quizá infligiéramos grave daño al enemigo, pero no le aniquilaríamos total y completamente. No es posible exterminar esa raza de pulpos desde el aire. Cuando nosotros nos marchemos, antes de que hayamos llegado a Redención o a los planetas Thorbod, los sadritas habrán reconstruido todo lo que perdieron y volverán a levantarse amenazando el futuro de nuestra humanidad. No hay más remedio que reconocer nuestra derrota, ir a Redención y dar cuenta allí de lo ocurrido. Nosotros, los que vayamos a la galaxia Thorbod, también advertiremos al Cuerpo Expedicionario de “Valera”... si es que lo encontramos. Algún día volveré aquí expresamente para aniquilar hasta el último pulpo de esa maldita raza. Hoy por hoy no podemos

hacer nada más que levantar el campo y partir en busca de nuestros autoplanetas.

—Es lo mismo que estaba pensando yo... sólo que no me atrevía a decirlo por si volvía a tacharme de cobarde —suspiró Fletcher.

—Nunca le tildé de cobarde —advirtió Miguel Ángel. Almirante, ¿quiere expedir un telegrama preguntando su opinión a los jefes del Estado Mayor Combinado?

Miguel Ángel regresó junto al teletipo. La vuelta de Fletcher al mando supremo zanjó de golpe la discusión. Los almirantes que integraban el Estado Mayor Combinado coincidieron en que lo mejor era retirarse en busca de los autoplanetas. La lucha ya no tenía objeto, pues era imposible exterminar completamente a las criaturas de Titanio.

La Flota, nuevamente reunida, se alejó de Urano adentrándose en el espacio. A bordo del “Olimpia” la tripulación procedió a retirar el cadáver del almirante Hidalgo y a taponar los agujeros del casco con tarugos de madera a fin de poder inyectar nuevo oxígeno a presión en la cabina.

El almirante Fletcher entró en su camarote para meter en una maleta algunos efectos personales. Era el único de a bordo que tenía que cambiar de buque para tomar uno que se dirigiera en persecución de los autoplanetas que volaban hacia Redención. Las tripulaciones habían sido distribuidas de antemano en los buques, poniendo juntos a los que deseaban exilarse al mismo sitio.

Cuando el almirante Fletcher salió del camarote ya se había practicado en el buque una atmósfera respirable que permitía ir de un lado a otro sin escafandra. El comandante mandó un hombre al compartimento de botes para que preparara la falúa.

—Bien —dijo Fletcher con la maleta en la mano—. Nuestros caminos se separan aquí. Todos ustedes van hacia los planetas Thorbod ¿no es cierto?

—Todos, no —contestó Sofía Medina bruscamente—. Yo le acompaño.

Una bomba, cayendo a los pies de Miguel Ángel Aznar, no hubiera dejado a éste más aniquilado.

—¿Estás bromeando? —preguntó.

La muchacha, sumamente pálida, negó enérgicamente con la cabeza.

—No. Hablo completamente en serio. Me voy con el almirante Fletcher.

—¡Cielos, no permitiré! Tú dijiste... tú prometiste...

—Yo no prometí nada. Y en cuanto a decir, no importa lo que dijera. —Los bellos ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas al clavarse suplicantes en los de Miguel Ángel—. Esto es superior a mis fuerzas, Miguel Ángel. Compréndelo. No puedo abandonar a mis padres, a mis hermanos... a todos cuantos me aman y yo amo... Es una separación definitiva. Es... ¡como si todos murieran de golpe!

Miguel Ángel tragó saliva con dificultad.

—También tú y yo moriremos el uno para el otro si nos separamos ahora —dijo lleno de angustia—. ¿No me amas? Vas a ser mi mujer... a vivir para mí y nuestros hijos, como hacen todas las mujeres del mundo. Es cosa frecuente que las mujeres tengan que separarse de sus familias para seguir a sus maridos, a veces muy lejos de la familia.

—Muy lejos no es la distancia que hay entre Redención y los planetas Thorbod. Yo podría vivir en Marte sabiendo que mis padres estaban en Venus, y sentirme feliz. Me bastaría saber que podía verles, visitarles, hablar con ellos por radio en cualquier momento que quisiera para que la separación no me fuera insoportable. Porque Marte, la Tierra y Venus son mundos de un mismo Reino Solar. La distancia que media entre ellos es relativamente pequeña. Pero entre Redención y los mundos Thorbod no hay distancia. ¡Es una eternidad lo que separa a unos de otros!

—¿Tanto amas a los tuyos? ¿Los prefieres a mí? —preguntó el joven resentido.

Y la muchacha contestó:

—Respóndete tú mismo a la pregunta. ¿Prefieres tu familia a mí? Si no es así ¡vente conmigo!

Miguel Ángel contempló a su novia con ojos tristes.

—No podría asegurarte —murmuró—. Hay mil motivos que podría explicarte y...

—¡Oh, no te esfuerces en explicarlo! Sólo existe una verdadera y poderosa razón. Tú no puedes separarte de los tuyos, como yo no puedo separarme de los míos. Y no es necesario discutir más.

—¡Ah, bien! —exclamó Miguel Ángel rechinando los dientes—. Si tan decidida estás no merece la pena perder tiempo. Los tragos amargos cuanto antes mejor.

—Bueno —dijo Fletcher—. Si ya lo han decidido me despido de usted, señor Aznar. Que tengan todos mucha suerte. Y en cuanto a usted, le auguro un brillante porvenir en esa nueva colonia que se proponen fundar en la galaxia Thorbod.

Fletcher estrechó la mano de Miguel Ángel y del comandante del buque. Contestó marcialmente al saludo del resto de la tripulación, allí reunida, y se alejó por el pasillo diciendo:

—¿Vamos, señorita Medina?

Pero Sofía no se movió. Miraba a Miguel Ángel con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Vamos a despedirnos así? —preguntó.

Él la miró furioso. De pronto abrió los brazos y la tomó entre ellos. Las dos corazas de cristal chocaron. Se besaron furiosamente en los labios.

—Piénsalo un momento, Sofía —murmuró él—. Reflexiona... ¡por el amor de Dios, reflexiona! ¡Tendrás luego una vida entera para arrepentirte!

—No hay tiempo para reflexionar. Antes de media hora las dos escuadras empezarán a separarse.

—¡Bueno, vete! —rugió el contraalmirante expulsándola de sus brazos.

Ella tomó su escafandra y se marchó en seguimiento de Fletcher. Miguel Ángel aguardó indeciso unos instantes.

—Vaya tras ella, hombre —gruñó el comandante del buque—. ¡A lo mejor la convence en el último segundo!

Miguel Ángel le miró con ojos desesperados. De pronto echó a correr tras los que se iban. Los alcanzó. Sofía volvió los ojos, le miró y sonrió débilmente. Siguieron en silencio hasta el compartimiento de botes.

En medio de un pasillo se veía una sólida trapa de acero que estaba levantada. Junto a la trapa había un astronauta.

—Bueno, joven. A ver si se decide usted o acaba pronto la despedida —gruñó Fletcher empezando a descender por el agujero—. No sea cosa que me obliguen a quedarme a mí también.

De pie junto a la escotilla los dos jóvenes se contemplaron

largamente.

—Sofía. Piensa si bajas por ese agujero jamás me volverás a ver. ¡Quédate conmigo!

—No puedo, Miguel Ángel. Quizá me arrepienta algún día pero ahora... ¡no puedo!

—Vas a destrozar mi vida, Sofía.

—No lo creo. Si me amaras como dices vendrías conmigo.

—No puedo.

—Lo sé —dijo sollozando.

Y acercándose a él se empinó sobre la punta de sus pies deslizándose un suave beso en sus labios. Luego con los ojos llenos de lágrimas empezó a bajar torpemente por la escalerilla.

Él la miró con intensidad, esperando de un momento a otro que volviera atrás. Pero la cabeza rubia desapareció en el agujero, la trapa cayó y cerró de golpe... Siguió una pausa... Una luz verde parpadeó en el mamparo del corredor. El hombre que estaba junto a la escotilla cerrada miró al joven contraalmirante. Apretó un botón.

Se escuchó un ruido apagado bajo el piso.

—La falúa ha salido, señor.

El contraalmirante miró como fascinado aquella fea tapa metálica tras la cual habían desaparecido sus más dulces ilusiones. Sabía que allí debajo no había nada, sino espacio vacío; sombra y frío sideral. Y sin embargo, esperó asido a la vana esperanza de que la tapa volviera a levantarse dejando asomar el rostro sonriente de Sofía Medina.

Pero esto era imposible, porque Sofía Medina, el almirante Fletcher y la falúa que los llevaba ya no estaban allí. Volaba a través del espantoso abismo sideral hacia los buques que, lanzando un saludo luminoso, se alejaban en dirección opuesta hacia aquel remoto mundo llamado Redención.

F I N

Notas

[1] “Back”, equipo volador individual que se adosa a la espalda.

< <